



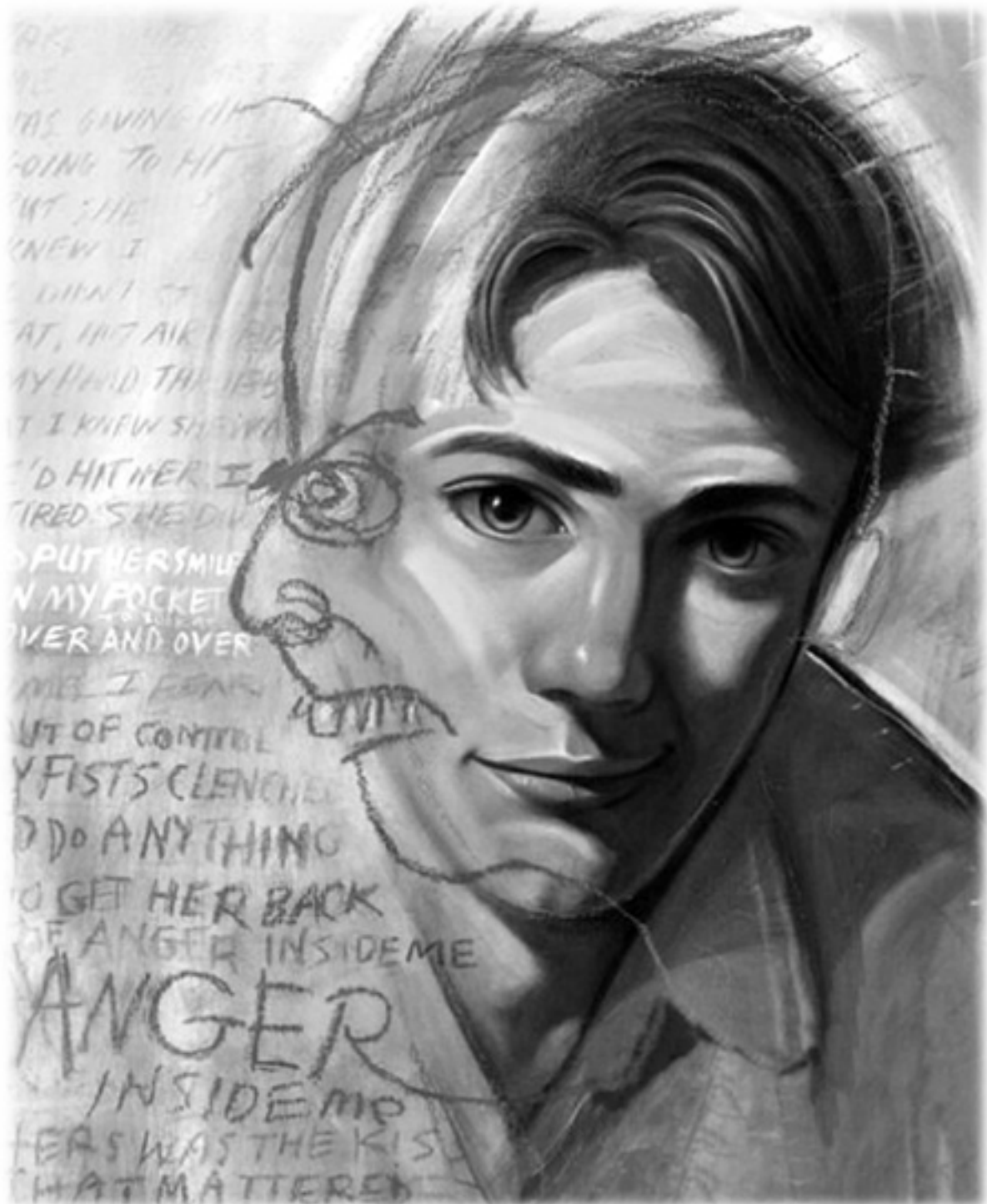
Creche@Bursculo

Publicarea gratuita de

documentos de texto, presentaciones, libros electrónicos y libros

Crepúsculo

Publicacions que promouen el coneixement, prevenen la pobresa intel·lectual i fomenten la lectura



Revista Crepúsculo

Editorial

Staff

Dirección

Ricardo R. Cadenas

Columnistas

Ernesto Alonso

Sabrina Perotti

Lucía Disalvo

Luis Carlos Cabrera.

Colaboradores

Manuel Cadenas

Rocío Cadenas

Gustavo Fía

Néstor Kazanski

Esteban Lagarrigue

Fabio Munich

Diagramación diseño e ilustraciones

Gonzalo Cadenas

Impresa por DTPrint S.A.

Propietario y editor

Fundación Tres Pinos

Registro de Propiedad Intelectual en trámite

www.fundaciontrespinos.com.ar

La agresividad parece ser una constante de la humanidad. De acuerdo con los ciclos sociales, se torna más aguda o más crítica, y provoca de esta manera intensos cambios de comportamiento social global. Estos cambios además conllevan encontradas disputas en lo relativo a los verdaderos orígenes de la violencia, factores que la provocan y aumentan. Despiertan a su vez, intensas polémicas sobre los mecanismos necesarios para prevenirla o al menos controlarla.

¿Por qué actúan con agresividad los seres humanos? Hay muchas explicaciones sobre esto, explicaciones que varían con el correr de los tiempos. En las sociedades modernas se han acrecentado los índices de violencia. En esto influyen nuevos factores, como los económicos, la industria de las armas, y las drogas.

¿Qué hay de innato y de adquirido en los componentes de la agresión humana? ¿Un individuo nace o se hace violento?

El desarrollo de la violencia surge habitualmente de un sistema con tres facetas: la personalidad de los actores, las normas y sanciones sociales, y el sistema cultural donde están inmersas las dos anteriores (en esta cultura están incluidos creencias, mitos, ideologías y valoraciones).

¿Por qué tanta violencia en la única especie pensante? Lo habitual es caer en el argumento simple de la monocausalidad (pobreza, falta de punibilidad por un sistema judicial blando, factor individual, etc.). En *Los miserables*, de Víctor Hugo, es sin duda más fácil estar del lado del bondadoso obispo que del severo jefe de policía. Hoy sería impensado poner en prisión a un individuo sólo por robar alimentos, pero de todos modos hay que adaptar las leyes y penalidades a las circunstancias y los tiempos. No hacerlo implica la posibilidad de caos.

El concepto de “agresividad refinada o perversa” es el de la violencia de quien no busca responder a ningún ataque o ensayar defensa. Solo intenta destruir sin medida alguna. Aniquilar sin guardar proporciones con la ofensa (ante una insulto verbal, un botellazo mortal y definitivo). Humillar sin tener en cuenta las características de la contienda, a menudo por la despersonalización.

zación que causan las drogas.

De los tres factores en cuestión, la personalidad es el que más dudas nos trae: ¿Hay individuos más violentos que otros? La experiencia nos tienta a decir que sí; ¿es esto real? ¿Esa persona malvada lo hubiese sido criándose en un medio de mejores oportunidades?

Por otro lado, la sociedad permite situaciones límites, ya sea por la falta de freno ante acciones agresivas, o por su complacencia ante conductas violentas. Circunstancia que en ocasiones se hace discriminatoria, porque solo a algunos sectores se les permiten comportamientos marginales. Hoy, nos es natural, observar como muelen a golpes a un automovilista que intenta ejercer su derecho de transitar, o ver como golpean y amenazan de muerte a un médico de hospital sólo porque tuvo la mala suerte de recibir en el turno de su guardia a alguien fallecido en algún accidente.

La retroalimentación entre violencia y comunicación social es hoy moneda corriente. A veces parecen formar parte de un mismo objetivo. La copia no deseada de conductas difundidas por los medios está al orden del día. Estos medios, que deberían comportarse como pedagogos naturales, en ocasiones introducen tendencias distorsivas sin un criterio social adecuado, tendencias que sin remedio conducen a la inadaptación.

Un problema serio es la desidia familiar en el estilo educativo, estilo que se ejecuta sin autocrítica y con liviandad ética, con palabras desmesuradas para el contexto ocasional y que en ocasiones se agrava por la agresión desmedida dentro de un grupo que se supone protector y referente. Esto conforma un caldo de cultivo óptimo para la concreción de un círculo vicioso que multiplica la violencia.

Pero el mayor de los flagelos es la legitimación sociocultural de la violencia: la costumbre penetrante de la resolución agresiva y hostil de los conflictos y tensiones. Este nuevo modo en que los líderes encaran la solución de los problemas haciendo una docencia perversa con los niveles intermedios.

Creo que ya es tiempo de comenzar a sembrar cultura solidaria, tolerancia, paciencia, aceptación de la diversidad, respeto al otro como persona, capacidad de escuchar activamente.

La carencia de habilidades sociales es la causa principal de la violencia y debe ser revertida. Es obligación de todos generar los mecanismos necesarios para cambiar esta situación.

Ricardo R Cadenas

Sumario.

La violencia en el ambiente médico	7
Ensayo, La fidelidad de Penélope	10
El nombre de la suerte	12
Poesía	14
AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA EN LA SOCIEDAD ACTUAL	15
Cocina, pollo a la crema	28
Nóbel de estación	30
Una familia violenta	39
Cuento, caramelos	41
El lebr de los abusos	46
VIOLENCIA CONTRA LA mujer	49

La violencia en el ambiente médico

Al pensar en los diferentes tipos de violencia con que se convive en nuestra sociedad no puedo dejar de mencionar la violencia a la que me vi sometido en el ejercicio profesional como médico, que si bien se manifiesta en diversos ámbitos de trabajo y modalidades, hay dos que por su intensidad quiero relatar.

«Moobing», es una palabra que descubrí no hace mucho tiempo, pero cuyo uso se está incrementando rápidamente. Se refiere al «psicoterror», la agresión psicológica sistemática a la que se ve sometida una persona en el ámbito laboral, que si bien no deja marcas visibles en el cuerpo, a no ser por la pérdida de peso y una expresión poco feliz en el rostro, va generando un deterioro psicológico de la víctima.

Cualquier médico que haya hecho una residencia puede recordar, sobre todo ese primer año y verse reflejado.

En la Argentina no hay límites en las horas laborales que se le puede exigir a un médico residente, al menos en la práctica. Como régimen habitual la jornada laboral inicia entre las 6, 7 u 8 de la mañana, de acuerdo al criterio del jefe de residentes reinante en el año y sus usos y costumbres, de lunes a sábados, y finaliza cuando el residente logra terminar con sus quehaceres, que puede ser entre las 20 y las 24 horas de acuerdo a la agilidad que tenga. A esto hay que sumarle las guardias, que pueden ser entre 8 y 12 al mes durante el año, para llegar a 15 o más durante las vacaciones, donde se debe cubrir a los que no están. Resulta que un residente de primer año duerme entre 4 y 6 horas, 4 ó 5 días a la semana y como día entero para el descanso, se dispone de un domingo al mes, y no siempre.

No está reglamentado que después de una guardia se deba descansar, así que una jornada que se inicia al amanecer, continúa con una guardia durante la noche, y al amanecer del día siguiente le sucede el pase de guardia -una especie de juicio oral donde frente a todos los residentes se examina lo realizado durante la noche, se juzgan las decisiones tomadas, criterio utilizado, etc.-, y así, sin interrupciones,



concluye la jornada laboral -a la hora en que se pueda, que con frecuencia se acerca a la nueva medianoche-.

En este punto no debemos olvidar que el médico residente se encuentra en formación, así que debe concurrir a clases, dar exámenes y en los ratos libres estudiar, preparar ateneos, discusiones de casos y otras actividades académicas que no vale la pena enumerar.

Como resultado uno aprende a dormir sentado, parado, en el ascensor, con los ojos abiertos para que el sueño pase desapercibido, y con bastante frecuencia uno conoce donde termina el recorrido del colectivo habitual, que es bastante mas allá de nuestra parada. En este caso es necesario esperar a que salga el colectivo en el sentido opuesto que nos deja nuevamente en el hospital -ya no hay tiempo para dormir-.

Por otra parte existe una cultura institucionalizada, sobre todo en las especialidades quirúrgicas, en la que el residente de primer año está para ser maltratado en cualquier forma posible, desde ridiculizarlo frente al paciente que deposita su confianza en el residente, pasando por exponer sus errores y olvidos frente a colegas y llegando inclusive a adicionar-le guardias de castigo por no terminar la labor a tiempo, o por quedarse dormido en una clase.

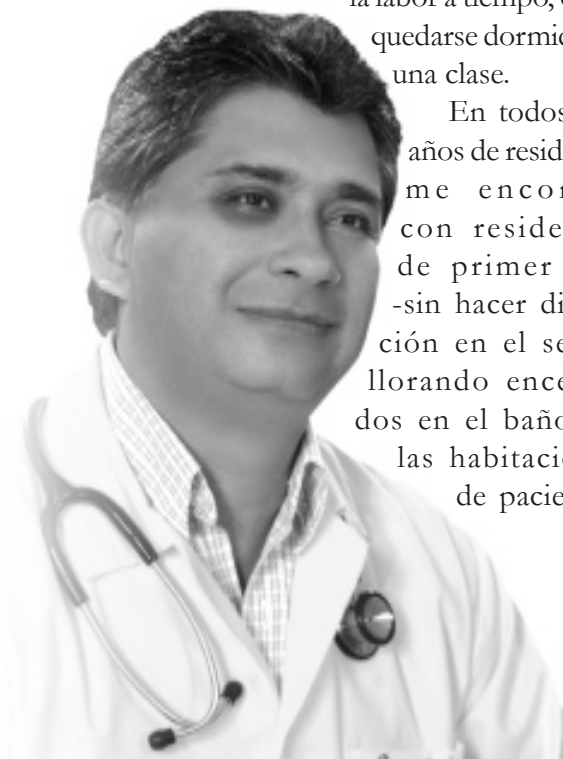
En todos mis años de residencia me encontré con residentes de primer año -sin hacer distinción en el sexo-, llorando encerrados en el baño, en las habitaciones de pacientes,

escondidos en alguna habitación desocupada o simplemente sentados a la vista de todos; lamentándose mientras escriben las historias clínicas a la medianoche concientes de que no podrán volver a su casa, no porque estén de guardia sino porque ya es demasiado tarde para emprender el regreso, (cuidando que las lagrimas no caigan en la carpeta porque tendrán que rehacer el trabajo. No olvidemos que nos referimos a médicos de 24 años de edad y no a chicos de primaria).

Muchos residentes renuncian en los primeros meses por no soportar el ritmo de esta vida, los más aguerridos y los que tenemos suficientes «problemas psiquiátricos» para no darnos cuenta de lo alienante de la situación seguimos adelante. Quizás el año próximo sea un poco más leve, y la formación conseguida me asegure un futuro «promisorio».

El otro tipo de violencia al que nos vemos sometidos es bastante más directa y ocurre en los servicios de guardia externa. La estructura del discurso del paciente o familiar es bastante repetitiva: «Yo pago mis impuestos, es decir que te pago el sueldo, por lo tanto tenés que hacer lo que Yo quiero». Y si se trata de una institución privada remplace «impuestos» por «obra social». Y lo que «Yo quiero» puede ser desde una receta de la medicación que tomo habitualmente y se me terminó a las 2 de la mañana, recetas de psicofármacos para la abuela, certificado de que mañana no puedo ir a trabajar porque tendré gripe, a una tomografía por emisión de positrones de cualquier parte del cuerpo donde me duele y quiero saber si tengo algo, porque leí en un artículo de una revista de emisión semanal que es el método de mayor sensibilidad y tengo derecho a hacerlo.

En este rubro colaboran algunos médicos mediáticos que trabajan en noticieros y programas de interés general, quiénes más allá de toda ética dan consejos acerca de lo que la gente debe exigir a su médico, gente que sin conocimiento de medicina lo interpreta como puede o como quiere. Estos doctores juzgan la actuación de los colegas en función de un mail de tres líneas que reciben de algún televidente sin contar con información objetiva, sin percatarse de que con este accionar logran que el paciente concurra a su médico mal



predispuesto a exigir estudios que no entiende, para diagnosticar males que no conoce. Todo un amigo el colega.

Y si el paciente no está bien aconsejado, no falta el aporte de personajes dispuestos a acercarse solícitos para consolar a cualquier persona que amague un llanto. Estos individuos son abogados, saben de medicina, y tienen la certeza de que el paciente tiene razón, que el médico se equivocó, y están dispuestos a llevar adelante un juicio por mala praxis médica sin más retribución que la que saldrá del médico, ya que el paciente es honorablemente pobre y tiene derecho a litigar sin gastos.

Haciendo un análisis crítico de nuestro sistema de salud la realidad es que, con excepción de algunas prepagas, los turnos para la atención programada por médicos de cabecera y especialistas en general son bastante prolongados. Como consecuencia, la población tiende a abastecerse de los servicios de emergencia, de ellos espera recibir solución a sus problemas de manera inmediata y en cualquier horario.

El resultado es que los servicios de emergencia se encuentran sobrepasados por la demanda, el médico de guardia atiende entre 70 y 100 consultas en un día, a veces más, de las cuales 5 ó 6 son realmente urgencias, y estas urgencias, víctimas de la sala de espera, son relegadas a un segundo plano, en el cual, el orden de llegada determina la gravedad de la patología. Esta lógica perversa antepone un resfrío a una afección respiratoria aguda.

Personalmente recuerdo dos experiencias que me marcaron. En una ocasión, estando en la guardia externa de un hospital del gran Buenos Aires, un grupo de malhechores fue acorralado por la policía y no se les ocurrió mejor idea que refugiarse en la guardia. La policía también ingresó y debimos atrincherarnos detrás de mesadas y camillas para escapar a la balacera. Admito que nos tocó «de rebote» ya que bien pudo ser un supermercado u otro local cualquiera.

En otra ocasión, en la guardia de otro hospital, del tercer cordón del conurbano recibí un paciente con una herida de bala en el tórax, el acompañante me susurró al oído «si se muere sos boleta». Afortunadamente el paciente vivió, -no sé que hubiera pasado en caso contrario- poco tiempo

después decidí no volver a trabajar en la guardia externa de ningún hospital.

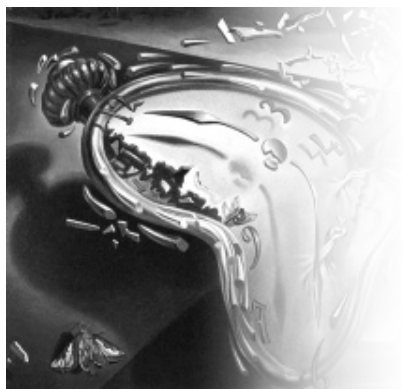
Si bien estas experiencias son bastante infrecuentes, la agresión verbal y física por parte de familiares y amigos de pacientes son hechos cotidianos en cualquier guardia externa de hospital, o al menos en el conurbano bonaerense. Puede suceder el ingreso de una patota trayendo un enfermo y que uno deba trabajar escoltado por cuatro o cinco vecinos que miran sobre el hombro y evalúan el accionar médico, lo cual provoca una inmensa presión y una muy baja estima por el proceder profesional.

Como conclusión, en el caso de las residencias médicas es necesario tomar algunas medidas. En algunos países está legislado que un médico, después de una guardia de 24 horas, debe descansar, no puede seguir ejerciendo la medicina con ese grado de agotamiento mental porque es propenso a cometer errores y como tal, peligroso para la salud del paciente.

Con respecto a la violencia social con que se convive en los servicios de guardia, se están adoptando medidas paliativas. Algunos hospitales cuentan con cuerpo de seguridad en el sector de guardia, otros atienden a puertas cerradas y permiten el ingreso de pacientes de a uno. La realidad es que se convive con la sociedad en su estado más puro. Muchas veces la gente, asustada por su enfermedad, piensa que la violencia es un medio para conseguir una mejor atención y sólo logran entorpecer la tarea de trabajadores de la salud como los médicos, enfermeros, camilleros, etc. Contener y comprender al paciente y a su familia es una de las funciones primordiales del médico pero esta tarea se hace cada vez más difícil cuando existe violencia en el medio.

Gustavo Fía

La fidelidad de Penélope



Sabrina Perotti
sabinaperotti@yahoo.com.ar

Llegar tarde a un lugar significa haber calculado mal y no haber previsto la hora establecida de acuerdo con las acciones que uno realizó. Sin embargo, hay personas que no sólo no calculan el tiempo justo para llegar a horario, sino que también les sucede muy a menudo.

Esta cuestión se presenta frecuentemente en la vida cotidiana ya que las personas convenimos siempre diversos horarios para llevar a cabo citas, reuniones o salidas. Convenir una hora de llegada es una especie de acuerdo tácito al que se le agrega un aliciente importante: este compromiso de encuentro contiene a personas que poseen diferentes nociones del concepto «tiempo». Aunque no haya una lucha explícita, hay una tensión entre los que llegan a horario y los que llegan tarde. ¿Por qué siempre hay personas que llegan tarde? ¿Por qué me tengo que reunir con esta clase de individuos? ¿Qué pasa si alguna vez soy yo la que se excede? Seguramente el otro se atrasó aún más y todavía no llegó. Luego de haberme esforzado para que la intersección entre el tiempo y el espacio logre concretar el anhelado encuentro debo esperar, como siempre, quince minutos más. Hay una cita que dice: «no seas impuntual porque la persona que te espera estará recordando todos tus defectos» y tiene mucho de cierto. Pero además de conmemorar las diferentes aptitudes, pienso en el tiempo que perdí antes de la cita, al organizarme para llegar a horario, y durante la larga espera. Porque no sólo son minutos, sino que son los minutos más prolongados y dilatados del mundo.

Esta diferencia cronológica no sólo encierra un desperfecto para la concreción de la cita. La persona que siempre llega tarde a una reunión acordada por ambos, está transgrediendo dos cuestiones: por un lado, la hora en que se debía reunir, ya que se

fijó de antemano; y, por otro lado, el respeto por la persona que lo estuvo esperando. Parecería ser que la falta de prudencia con respecto a la hora fijada se debe a una absoluta desatención por el otro. La impuntualidad es vista como un defecto ya que imposibilita el encuentro, o por lo menos, lo dificulta.

La puntualidad, en consecuencia, muestra el interés por el otro y la organización de uno mismo. Tal como dije anteriormente, la persona que llega tarde por costumbre es el que derriba este castillo de cartas armado pacientemente. Diez minutos, veinte o cuarenta son exactamente lo mismo para ellos porque si el colectivo no llegó o si un amigo apareció de visita no es su culpa. ¿Seremos, entonces, unos pocos los capaces de evadir estos obstáculos? ¿Son los impuntuales más débiles que terminan siendo conquistados por cualquier situación que los retrasa? La razón por la cual hay gente que se demora y gente que no, la desconozco. Lo que se puede afirmar es que aquellos «impuntuales» tienen, sin embargo, un aspecto puntual: aparecen justo en el momento en que la rabia y la espera confluyen, porque todavía no me fui aunque esté en medio de una crisis. Mientras tanto, aguardo al otro con ansias, con nerviosismo, con bronca. Observo la hora, me arreglo la ropa, miro a las personas porque todas se parecen a quien aguardo y vuelvo a mirar el reloj. En un primer momento la tardanza es, todavía, comprensible, «todos nos podemos atrasar cinco, diez minutos». Luego, se convierte en bronca porque se duplicó el tiempo de atraso y retomo, como siempre, el mismo pensamiento: «la próxima vez yo voy a llegar media hora tarde». Este mutable sentimiento toma, ahora, la forma de duda porque «mirá si le pasó algo» y de culpa «y encima yo me enojó». Pero cuando uno comienza a sentirse culpable y aparecen todos estos remordimientos, se alcanza el último estado que es el de la ira fugaz (no porque dure poco sino porque aparece de golpe) que es cuando observo la llegada del otro que sano y salvo me sonrío por su demora.

En un sitio de Internet se comenta lo

siguiente: «Kant paseaba todos los días por los mismos lugares y a las mismas horas, de modo que, según cuenta la leyenda, había quien ajustaba su reloj al ver pasar al bueno de Kant» Obviamente, para muchos este comportamiento parecerá maniático, pero si hubiese un equilibrio entre Kant y los «impuntuales» a muchos nos ahorraría tiempo e indignación.

Sin embargo, es paradójico que no nos guste esperar pero sí ser esperados. A todos nos encanta que nos aguarden, que nos reciban, que se interesen en nuestro arribo. La cenicienta es observada por todos en la fiesta, es admirada, no llegó primera ni tuvo que esperar. No obstante, aguardó durante largos y tediosos años la llegada de su príncipe. ¿Será, entonces, que esperar nos irrita y ser esperados nos satisface? Pareciera ser que sí y que el rango de importancia que cada uno de esos estados encierra también es real. Pero estas categorías no deberían existir cuando el acuerdo de reunión es mutuo y equitativo porque aunque ser esperados constituya un placer natural no podemos regirnos por el mismo en todos los encuentros.

Sin duda, mi observación anterior es claramente transgredida ya que sino mi reflexión hubiera carecido de sentido. Los, ya nombrados y despreciables, impuntuales son los encargados de quebrar esta relación de igualdad y desatar su deseo instintivo. A ellos les gusta ser esperados ¿Será que la expectativa por su llegada les alimenta el ego? ¿Seremos los puntuales los que nos ubiquemos en el escalón más bajo de esta pirámide jerárquica?

Si Penélope es una amante «fiel» por esperar, prefiero seguir formando parte de los puntuales que circunscribir mi persona por media hora más tarde.

Sabrina

Perotti

sabrinaperotti@yahoo.com.ar

El nombre de la suerte



Para serles sincero no soy un hombre de mucha suerte. Mi mamá me abandonó, al igual que mi novia y mi gato. Nunca tuve demasiados amigos y de los pocos que me quedan ya no recuerdo ni sus nombres.

Como se habrán imaginado la repentina partida de mamá complicó mucho la situación para mí y mis cinco hermanos. Con la casa cayéndose a pedazos y muy poco dinero en nuestras manos el panorama no era nada alentador pero, finalmente, logramos salir adelante. No sólo porque Raúl salió de prisión hace poquito, sino también porque Olga está rehabilitándose de su problema con la bebida. Sería hipócrita omitir una milagrosa ayuda que mucho aportó para que mis hermanos y yo estemos vivos: hace tres veranos recibimos una carta que nos comunicaba la obtención de una herencia millonaria debido a la muerte de mi tía Ágata. ¡Pobre tía! Era tan bondadosa. Ojalá viviera para agradecerle todo lo que hizo por nosotros. Seguramente se preguntarán qué hicimos con la plata: Raúl administró el dinero de los tres más chicos y compró un campo que, aunque no lo conozca, debe ser hermoso. Olga se compró una pequeña casita y mi parte la posee el buen hombre que trajo la carta. Nos hicimos muy amigos y, además, yo soy un despistado con respecto a cuestiones monetarias. Él guardó mi dinero en Atenas, asegurándome que allá estaría a salvo.

Mi vida continuó normalmente y seguí trabajando porque adoraba hacerlo. Mi devoción por la naturaleza me hechizaba de tal manera que pasaba horas en los jardines de las diferentes casas sin percibir el paso del tiempo. Un día mis ojos lograron esquivar los bellos tulipanes y divisaron a la más hermosa criatura que jamás hayan visto: Mirta. Su magnífico pelo corto con algunas juguetonas canas

que asomaban desde su flequillo y esa distinguida figura con pronunciadas curvas hacían que todo fuera mágico. Pero lo que más me cautivó fue el precioso y voluminoso lunar que yacía en su barbilla cuál cereza de un postre. Nunca voy a olvidar esa gris y lluviosa mañana que fue testigo de nuestro primer diálogo. Ella dijo:

- ¿Qué le pasa? ¿Por qué me mira? ¡Siga trabajando!

- Sí - le respondí y ése fue el comienzo de una hermosa relación que duró más de tres meses. Pasábamos tardes enteras caminando por la plaza, charlando y debatiendo acerca de los rosales y las amapolas, aunque muchas veces esos debates se transformaban en discusiones y peleas. Hacía tiempo que algo nos impedía llegar a un acuerdo, chocábamos muchas veces, pero su sola compañía me hacía olvidar las discordias y recordaba el profundo amor que sentía por ella. No obstante, como bien sabrán, todo lo bueno debe terminar algún día y fue ella quien tomó la difícil decisión de separarnos. Cuando su prima me lo comunicó no sabía bien qué hacer, ni qué decir pero, finalmente, creo que Mirta tenía razón y era lo mejor para los dos. No tengo ningún tipo de rencor hacia ella ni hacia su nuevo novio. Cada uno debe rehacer su vida, cada uno por su lado, separados.

Con el fin de comenzar una nueva etapa me propuse un cambio radical, un objetivo extremo que cambiaría por completo mi estilo de vivir: me compré un gato. Sí, una mascota cariñosa que sea fiel a su amo en todo momento y circunstancia. Lo cuidaba día y noche, le hacía la comida y hasta lo llevaba al trabajo. Una noche de frío me levanté al oír ruidos y encontré la ventana de la cocina abierta; la cerré y volví a la cama sin percatarme que mi compañero ya no se encontraba en la casa. Se había ido, me había abandonado. Como les dije al principio no soy un hombre con mucha suerte, eso lo sé, pero no entiendo como puede ser que uno brinde tanto cariño y le sea devuelto tanto maltrato.

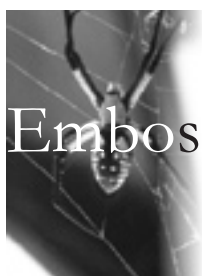
Finalmente, decidí dejar de buscar compañías

pasajeras y me aboqué a mi trabajo. En definitiva, era todo lo que siempre había tenido y no debía descuidarlo. Por eso empecé a trabajar todos los días entre doce y quince horas, para poder ahorrar algo de dinero, ya que mi amigo todavía no había vuelto de Atenas, y comprar las mejores herramientas. Y así fue. Tanto esfuerzo valió la pena, mi labor era, por fin, reconocida y venían a buscarme de diversas partes de la región.

Un día el hijo del rey Tífano vino a pedirme que trabaje para él. Mi alegría no pudo ser tan grande y me sentí completo por una vez en la vida. Me solicitó que me presente en el palacio a la semana siguiente y allí estuve; y es hasta el día de hoy que pienso permanecer bajo sus órdenes. Mi amado y bondadoso príncipe que supo tratarme con cariño y respeto, no dudó ni un momento en ayudarme luego de mi altercado de esta mañana. Aunque ustedes no lo crean estuve en presencia de la muerte. Sí, la horrenda y temida muerte me amenazó esta mañana con sus infinitos ojos negros indicándome las últimas horas de vida que me quedaban. Por eso recurrí a mi señor en busca de ayuda y él, tan piadoso como siempre, me brindó sus caballos para huir a Ispahan. En unas horas parto hacia allá para eludir el fin de mi existencia. Quizá se pregunten por qué elegí este lugar. Simplemente no sé, supongo que lo libré a la suerte.

Ungenio Rivarola





Emboscada

En el verano exuberante
camuflada entre malvones
jazmines y rosales
una araña hambrienta
teje la emboscada

La seda de su arte
se sustenta
entre hojas, ramas
y una columna de farola
Las luces de la casa
reflejan en los hilos
un caleidoscopio artero

Acompañan la estrategia
del insecto
las sombras de la noche
que de a poco cubren
el generoso jardín

De tanto en tanto
en la tela fresca
el relente cuelga un abalorio

Un zumbido repentino
la saca del letargo
Corre presurosa
va a saciarse

Luis Carlos Cabrera

Ojos de glaciár

A Fernando

Sos áspero y tedioso,
hora del sol que pesa,
tiempo resumido,
disparidad,
furia efusiva,
tenue como arpegio,
espada y motivo.
Puñal afilado,
sangre cáustica,
grito desatado,
pensamiento erótico,
rival encarnizado.

Sos guerra.

Y paz.

Y granada estridente.
y paloma fugaz.
Tierra que no quise,
tierra que malquiere,
sos magnético,
inevitable,

palabra sordomuda,
la mitad de mi sexo.

Erial irrespetuoso,
sequía y herrumbre,
sos fértil en el valle
falso del doble pecho.

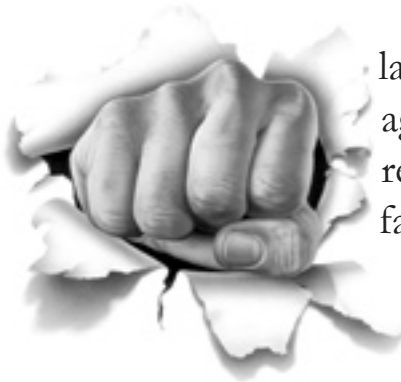
Enero sin estreno...

ojos de glaciár,
ojos de glaciár,
ojos de mis ojos,
ojos de las cuencas que
siempre quise besar.
Sos... la envidia de mi boca,
desvelo insoportable,
una flecha atrincherada entre
el alma y la carne.

Lucía Clara



AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA EN LA SOCIEDAD ACTUAL



El tema de la *agresividad* es una constante en la vida humana que, en ocasiones, se torna más aguda y crítica y provoca, de esta manera, intensas reflexiones sobre su naturaleza, sus orígenes, los factores que la provocan, la aumentan y, sobre todo, reflexiones en torno a cómo prevenir y controlar tan ominoso flagelo humano y social.

Ernesto R. Alonso
ernesto.alonso@fci.austral.edu.ar

¿Por qué actúan con agresividad los seres humanos? ¿Qué cosa los lleva a volverse contra los demás hombres, iguales en muchos sentidos, con una brutalidad impensable incluso si tomásemos en cuenta al más feroz de los depredadores? Científicos, estudios de las más variadas disciplinas, filósofos, escritores, han reflexionado y se han formulado estas preguntas durante siglos y han propuesto, hasta hoy, diferentes explicaciones de esto que alguno ha llamado la *paradoja de la violencia humana*. Paradoja porque quizás no haya en el mundo de los vivientes una especie con semejante capacidad de destrucción, y de autodestrucción, como la especie humana. Precisamente, esas inquietudes, reflexiones y cuestionamientos se han hecho más agudos en estos tiempos en razón de la preocupante frecuencia y de las consecuencias devastadoras que la agresividad y la violencia tienen en las sociedades contemporáneas.

Otro hecho notable es que, no obstante la experiencia acumulada en lecciones históricas sobre siglos de violencia, muerte y destrucción que tiene a sus espaldas el género humano, con todo, pareciera que no puede aprender de ese legado dramático que carga sobre sus espaldas. En otros ámbitos es realmente admirable la capacidad que el hombre parece tener para aprender de sus propios errores. En este aspecto, empero, pareciera que el hombre no solo no aprende para evitar los gravísimos males que la expresión de la violencia acarrea sino que, por el contrario, parece aprender modos más refinados, efectivos y rápidos de herir, de matar, de maltratar. Será por eso, tal vez, que el filósofo y matemático francés Blas Pascal decía que el hombre es un misterio indescifrable.

El propósito de este trabajo es acercar al lector algunas reflexiones

sobre el tema de la génesis, de los componentes de la violencia y la agresividad humanas y ofrecer, además, algunas pautas que permitan paliar algunos de los efectos más deletéreos del comportamiento violento y mejor aún, prevenir las causas y factores desencadenantes de la violencia individual y social. En primer lugar, y en el contexto de un modelo de análisis psicológico y social, me propongo examinar dos cuestiones importantes que vienen discutiéndose desde hace tiempo en este tema: lo que hay de *innato* y lo que hay de *adquirido* en la raíz y en la expresión, biopsicológica y social, de la agresividad.

En este sentido hay un aspecto que guarda relación con esto último que he

de la psicología social, como dije. En efecto, el comportamiento agresivo –como cualquier otra conducta social– puede examinarse desde un *triple sistema*, a saber, el sistema de *personalidad* de los actores involucrados en fenómenos o actos de violencia, el de lo *social* expresado en las expectativas y desempeños que conciernen al *status-rol*, las *normas y sanciones sociales* asignadas a los desempeños de rol y, por último, el hecho de que la agresividad está relacionada con el sistema *cultural* en el que están ‘aculturadas’ las personalidades y del que dependen en sus contenidos valorativos las normas y los desempeños de rol. La cultura es la que proporciona el vasto sistema

dicho y que consiste en formular la pregunta de siempre, es decir, si uno nace violento o se va convirtiendo en un violento. Es claro que en los términos en que está puesto hoy el problema resulta difícil adoptar una posición unilateral en detrimento de la contraria. Las posturas más adecuadas son las *integracionistas* que abarcan ambos términos del problema. Con todo, y para dar a este análisis un carácter más riguroso, me permito aplicar aquí un viejo modelo explicativo tomado en préstamo

de creencias, valoraciones, mitos e ideologías en torno a un objeto social significativo como es, para el caso, la violencia.

Este modelo de análisis *sistémico* no pretende ofrecer una propuesta de solución inmediata al problema de la violencia en nuestra sociedad.

Sí se propone, en cambio, llamar la atención de expertos, diversos profesionales involucrados en la problemática, legisladores y políticos sobre la necesidad de no apelar, esquemáticamente, a modelos mono causales –como decir, por ejemplo, que la causa del incremento de la violencia está en el crecimiento de la pobreza que son por fuerza no solo unilaterales sino, lo que es peor aún, falsos. Y por las limitaciones teóricas y epistemológicas que entrañan, mal pueden servir para diseñar e inspirar políticas estratégicas de intervención y de mejora del problema.

La propuesta explicativa alternativa que propongo consistiría en dar cuenta acabada del siguiente hecho. La agresividad acentuada lo es porque no está reflejando sino una *carencia de sentido*, una *anomia axiológica* que explica, desde sus fundamentos más profundos, la crisis social. Puede decirse que es propia del hombre la *agresividad refinada*, aquella violencia perversa que no busca, primaria-mente, responder un ataque o ensayar una defensa. Por el contrario, busca *destruir* sin medida alguna, *aniquilar* sin guardar las proporciones de la ofensa, *humillar* sin tener en cuenta las características de la contienda y mucho peor aún, olvidando que el ofensor y el agresor, por más mal que nos hagan, tienen una dignidad. Esta *violencia selectiva* se ha ensañado con algunos blancos particularmente débiles de nuestra sociedad y cultura contemporáneas. Por ejemplo, la violencia contra la mujer, en sus diversas formas y manifestaciones aberrantes. También la agresión contra los niños, a través del maltrato físico y psicológico y los abusos de todo tipo.

Por último uno se pregunta, casi con angustia, si es posible encontrar alguna solución a la *crisis desatada de violencia* en la sociedad actual. Si resulta difícil aferrar las causas que puedan dar cuenta cabalmente de este fenómeno, más difícil es todavía esbozar un cuadro general de soluciones eficaces. Por cierto el tema de la solución de la agresividad no es un tema policial. La solución no hay que ir a buscarla allí. Ese será el último eslabón a anudar cuando hayamos entendido dónde están las raíces del

problema. Y esto último sí que es más complejo y arduo de asir. Tomando en préstamo nociones de la psicología social, otra vez, pueden proponerse, sí, algunas *estrategias* destinadas al *control* y a la *prevención de la agresividad* contemporánea. Particular atención se prestará a los denominados *modelos no agresivos* y cuán benéficos pueden ser los resultados de la exposición a dichos modelos por parte de niños y adolescentes.

II. La violencia como un problema de personalidad, cultura y sociedad

Cualquier acción social –sea individual, grupal u organizacional- puede entenderse en términos de un *sistema*. La acción social humana se ubica siempre en un triple sistema. Uno es el que forma la *personalidad* de cada participante en la acción, es decir, los ‘actores sociales’. Otro es el sistema *social* compuesto por las múltiples relaciones e interacciones basadas en la comunicación y en los intercambios de información, de cogniciones y de sentimientos que cada individuo o grupo tiene y pone en dichas relaciones. A su vez, dichas interacciones no se dan solo de individuo a individuo sino que se tiene muy en cuenta el conjunto de expectativas de *rol* que cada individuo desarrolla de acuerdo, además, con el *status* que cada uno posee y ocupa en el sistema social en su conjunto. Más aún, las expectativas, las posiciones de status y los desempeños del rol dependen, a su vez, de las normas y de los procederes sociales, de los estilos y costumbres que cada sociedad se da para sí. Por último, el sistema social y el de personalidad no podrían entenderse en su funcionamiento sino se tuviese en cuenta el sistema *cultural*. En efecto, el sistema cultural es el que proporciona el significado a las normas, a los estilos sociales, al status-rol, a los desempeños de cada una de las personalidades individuales. Una cultura determinada está compuesta por los valores, por las creencias, por las tradiciones, por las actitudes profundas, por los mitos y las ideologías que sostienen el sistema social todo y dan cuenta, en alguna medida, de las conductas y acciones individuales.

«*Trinidad inseparable*» le llamó un sociólogo ruso a este conjunto de tres sistemas entrelazados.

Lo importante aquí es retener que en cada acción social se dan los tres necesariamente. No puede faltar uno de ellos sin que la explicación que quiera darse de dicho fenómeno resulte incompleta. Puede imaginárselos como un conjunto de procesos altamente dinámicos, cuya característica es incluir o comprometer en cada instancia a los tres sistemas. Es decir, la dinámica psicológica de las personalidades, su interrelación definida socialmente como roles o papeles desempeñados por cada actor y todo esto gracias a una cultura común o compartida.

Este modelo permitiría comprender mejor el fenómeno de la agresividad y la violencia, que es el objetivo de este artículo. Permitiría comprenderlo de un *modo sistémico*, a saber, que la *agresividad* es un problema de la *personalidad*, de la *sociedad* y de la *cultura*. La ventaja es que no caeríamos en simplismos o explicaciones parciales sino que pondríamos sobre la mesa una buena cantidad de razones para tomar el problema en su globalidad. En efecto, la *agresividad* como conducta social problemática depende, en primer lugar, de ciertas personalidades que son relevantes para entender dicho fenómeno. Así, puede decirse que algunos individuos tienen rasgos temperamentales o caracterológicos para situarse en una zona de riesgo, es decir, en una zona donde la expresión de violencia y agresividad sea más esperable. Y esto, como digo, en razón de ciertas características atribuibles a la personalidad de dichos individuos, a quienes potencialmente se les puede aplicar la categoría de violentos. La pregunta que uno se hace aquí, entonces, es la siguiente. ¿Hay algunos individuos que son más violentos que otros?. Algunas investigaciones recientes en el área de las neurociencias y de las bases biogenéticas del comportamiento humano se orientarían a una respuesta afirmativa. Es decir, sí, habría individuos más violentos que otros; habría una propensión más marcada a la expresión hostil de la agresividad en algunos seres humanos y no en otros. Y esto dependiendo de la base bio-química-neuronal de nuestro sistema de conductas. Claro que es una hipótesis compleja y audaz pues, entre otras cosas, existiría la tendencia casi inmediata de buscar en esos individuos, -la supuesta posibilidad de aislarlos

de antemano- *chivos expiatorios* en quienes descargar las enormes responsabilidades por los males que acarrea la agresividad en la sociedad actual.

puede decirse que algunos individuos tienen rasgos temperamentales o caracterológicos para situarse en una zona de riesgo, es decir, en una zona donde la expresión de violencia y agresividad sea más esperable.

Sin descalificar del todo este tipo de explicación psicológica o bio-neuro-psicológica, creo que hay que ampliar mucho más el espectro de factores para dar cuenta de las razones de la agresividad y de su crecimiento desmedido en los últimos decenios. Vayamos al segundo de los sistemas propuestos para poder explicar la conducta agresiva: el *sistema*



social. Este sistema está basado en el conjunto de normas, de expectativas, de status y rol que desempeñan las personalidades en un contexto determinado. Y no solo eso. El sistema social consiste en saber y determinar cuáles conductas están socialmente aceptadas, legitimadas, premiadas y cuáles castigadas, mal vistas, sancionadas negativamente. En otras palabras, qué es lo que se ve bien y qué es lo que se ve mal desde el punto de vista social. Y aquí sí tenemos algunos datos importantes

para entender qué es lo que ha pasado con la agresividad en la época contemporánea y por qué los índices de violencia han venido creciendo sostenidamente.

A mi entender, en los últimos años en nuestro país, ha tenido lugar un cambio en la *percepción general de la agresividad y la violencia*. Para decirlo de golpe yo creo que nuestra sociedad se ha tornado más permisiva con respecto a la sanción de las conductas violentas; se ha vuelto más condescendiente con la expresión de la agresividad hostil. Por cierto no quiero decir que aceptemos de buen grado la violencia; sin embargo, un cierto clima cultural nos ha tornado menos críticos con respecto al freno social que cualquier conducta agresiva debe tener, desde el simple insulto verbal, pasando por el maltrato –físico y simbólico- continuando con la violencia en las familias, en el trabajo, en las calles, en los estadios de fútbol, hasta culminar con el espectáculo dramático y horrendo de la violencia armada en todas sus formas, siendo la guerra abierta entre dos bandos la forma de expresión más cruda.

2.1. Comunicación de masas y violencia

Particular importancia ha de prestarse en el momento actual al tema de la exposición a la violencia en los medios de comunicación, esto es, los efectos prolongados de presenciar la agresividad representada en imágenes y en discursos. Los resultados de las investigaciones muestran un patrón constante de relación entre las dos variables que intervienen en este punto: *más influencia a exposición de contenidos violentos está asociado a un incremento real de comportamientos de tipo agresivo*. Bien es verdad, con todo, que ha de interpretarse dicha correlación tal como ella lo permite y sugiere: como una relación de asociación entre dos fenómenos que de ningún modo postula que uno dependa causalmente del otro. Puede examinarse aquí también un modo distinto, alternativo, de entender eso que suele denominarse la escalada de violencia o la «*ola*

mediática de violencia». Cito el concepto de «*ola mediática*» para referenciar un caso de actualidad, cual es el de la polémica entablada entre el gobierno y los medios o periodistas en particular acusándose recíprocamente por el incremento o «*amplificación*» indebida del fenómeno de la violencia individual y social.

En este sentido, creo, que cierta *lógica en y de los medios de comunicación social* y, además, *ciertos estilos de educación familiar* han proporcionado como una suerte de caldo de cultivo apto para hacernos menos críticos respecto de la expresión de la agresividad y más tolerantes respecto de los límites peligrosos a los que nos exponemos al no sancionar socialmente la agresividad desde sus raíces.

El tema de la violencia en los medios de comunicación es un tema muy investigado en la sociología de la comunicación de masas como así también en los efectos psicológicos que, agresividad y violencia, han venido produciendo en distintos públicos, sobre todo aquellos más vulnerables. El asunto es demasiado complejo como para despacharlo en pocas líneas. Sin embargo, muchas investigaciones serias, académicas e independientes de influencias económicas y políticas, están de acuerdo en afirmar que la exposición de violencia y agresividad en los medios –TV, prensa, etc- tiende a crear, en aquellos que ven mucha TV por ejemplo, una imagen violenta del mundo en el que viven. Dicho de otro modo, los predispone a pensar, creer y sentir que el mundo real es igual o más violento que el que viene representado simbólicamente a través y por los medios de comunicación de masas. Pero esto no es todo. La percepción «más violenta» de un «mundo más violento» sería el primer efecto que provocan ciertos tipos de mensajes transmitidos y reflejados en los medios. El segundo efecto se podría llamar conductual y es que, de acuerdo con muchas de esas investigaciones a las que hacía referencia hace un momento, los individuos expuestos e indefensos a esta lógica de los medios presentarían una tendencia o una propensión a ciertas acciones violentas también. Es decir, frente a un mundo violento juzgarían necesario o posible que la única conducta defensiva eficaz, frente a amenazas potenciales, es una

conducta agresiva, un accionar violento, aunque esto se concrete en un insulto, en un chiste de mal gusto aunque no llegue, necesariamente, hasta la ofensa física o el derramamiento de sangre.

La percepción «más violenta» de un «mundo más violento» sería el primer efecto que provocan ciertos tipos de mensajes transmitidos y reflejados en los medios.

Muchos investigadores en este campo han sostenido la tesis de que los medios se comportan como verdaderos *agentes educativos*, como *‘auténticos maestros’* que les enseñan, sobre todo a niños y adolescentes, *cómo poner en práctica una conducta*. En este caso, cómo poner en práctica una conducta violenta para vengarse de un compañero, para eliminar un rival, para confrontar con el papá o con la mamá, para desembarazarse del maestro o del profesor, etc. En suma, bastantes autores sostienen que, en general, los medios se comportan no como un segundo *pedagogo* sino como el primero y el más importante que los chicos tienen a disposición actualmente. Los medios ayudarían, entonces, a aprender muchas conductas sociales sin que proporcionen suficientes criterios sociales, y sobre todo éticos, para discernir cuál de esas conductas sociales es funcional o inadaptada, cuál

promueve el bien, los valores y cuál provoca daño tanto al cuerpo como al espíritu.

2.2. La violencia familiar

Estoy hablando de los medios de comunicación social como un agente educativo, como el pedagogo más importante que tienen muchos chicos y adolescentes hoy en día. ¿Y la familia? ¿Acaso no es ella la que tiene la primera y más importante función educativa, social y cultural, respecto del ser humano? En principio sí. Así debiera ser. Y sin embargo, también podría hablarse aquí de una *crisis de identidad de la familia*, crisis que ha puesto en tela de juicio la función educativa ineludible que ella tiene por encima y antes que los medios, que el Estado y que la escuela misma. La familia ha de ser la primera educadora en los valores de la personalidad humana. Pero este principio, a mi juicio, está en crisis hoy en día. Al contrario, yo diría que si los medios tienen tanta influencia sobre niños y adolescentes es precisamente porque la familia ha dejado de tenerla, porque la familia –en un sentido– ha abdicado de sus fines y misión propias. Las familias, psicológica y socialmente bien armadas, debieran constituirse en los ámbitos críticos en los que los efectos violentos de los medios se minimizan y se mitigan. Pero hoy pareciera ocurrir lo contrario. La familia, en general, acepta, convalida o por



lo menos no propone ni somete a juicio crítico de los más pequeños buena parte de la violencia que llega a través de la pantalla. Y esta es parte de la historia, el hecho de que en muchas familias el *estilo educativo* que impera es uno *permisivo* que acoge cualquier mensaje sin espíritu crítico. Pero hay otra parte de la historia en los efectos de este tremendo flagelo social. El que nos muestra que muchas familias, aún bien constituidas, albergan situaciones gravísimas de *maltrato familiar*, sea aquel proporcionado a la mujer, sea aquel otro destinado a los hijos quizás por parte de ambos padres. En este sentido dramático quizás pueda decirse que la *violencia familiar* en sus distintas formas y expresiones se nos ha hecho cada vez más cotidiana, cada vez más usual, aunque sea un fenómeno que nos repugne. El problema en que se disemine cada vez más la violencia familiar es que resultará cada vez más difícil contener los efectos psicológicos y sociales más nocivos que tiene dicho fenómeno por la dificultad, cada vez más creciente, de prevenirlo.

¿Qué tiene que ver todo esto con el *sistema social*, de normas, roles y expectativas de los que venía hablando?. Justamente que la *expresión de violencia y agresividad* en dos instituciones sociales tan importantes como la familia y los medios de comunicación social, se ha vuelto un *recurso posible*, cuando no un *expediente normal y saludable* para actuar sobre los otros, de la forma que sea, es decir, para persuadir, para dominar y para castigar. La agresividad y la violencia adquieren así un status legitimado socialmente –propalado por algunos medios en general- que ayuda a resolver ciertas cuestiones personales y/o sociales, como por ejemplo, descargar tensiones, aliviar las frustraciones, resolver el stress, eliminar y silenciar las diferencias, etc. Es de este modo que la agresividad y la violencia son socialmente legitimadas, aunque no tengan aún una justificación cultural a gran escala.

La familia ha de ser la primera educadora en los valores de la personalidad humana. Pero este

principio, a mi juicio, está en crisis hoy en día.

2.3. Legitimación socio-cultural de la conducta violenta. ‘Cultura del conflicto’ y dignidad de la persona humana

Pero en este último párrafo he rozado una cuestión relevante que lleva este análisis al último de los tres sistemas propuestos para explicar la conducta agresiva. Me refiero al *sistema cultural*. en el mundo profesional y laboral no es un simple cambio de moda, no es una mera evolución de los tiempos como si se tratara de un asunto automático o mecánico. No. Se trata de algo más profundo que tiene que ver, precisamente, con un cambio en la *definición de ser mujer*. ¿Qué significaba ser



mujer hace cuarenta años y que significa ser mujer hoy?. Son cambios importantes en las creencias, en las ideas, en los supuestos; son –en fin- cambios en la cultura que traen aparejados cambios antropológicos y valorativos. Son *filosofías del hombre* las que están en juego. Precisamente porque han cambiado éstas es que es posible hoy

considerar como algo bastante natural y normal que una mujer, por ejemplo, pueda desarrollar una carrera de ejecutiva brillante adaptando más o menos el resto del entorno familiar a este objetivo prioritario. Otro ejemplo de cambio valorativo importante que viene teniendo lugar en los últimos tiempos es el que concierne a las organizaciones empresariales y el concepto de *responsabilidad social (empresaria)*. Quizás antes ni se pensaba que las organizaciones –sobre todo empresas- tuviesen otro fin que no fuera la máxima efectividad, el rendimiento y el lucro. No es que hoy se haya dejado de lado todo eso pero pareciera que las empresas son más sensibles a otros valores como el cuidado del medio ambiente, la promoción social y cultural y el desarrollo comunitario. Muchos sostienen que la responsabilidad social no es sino una cosmética elegante y cómoda que sirve para seguir ocultando el rostro duro del ídolo metálico de frente a una sociedad posmoderna más preocupada por la estética de la ética que por las asperezas de la lógica capitalista. Quiero decir que el concepto de responsabilidad social no hubiera sido concebible treinta años atrás sin un verdadero cambio en la concepción de los valores que rigen las relaciones entre organización y sociedad.

Pues bien, el último fundamento que explicaría la legitimación social de la agresividad y la violencia sería, a mi modo de ver, un cambio en el *sistema de valores y de creencias* que sostiene nuestro estilo cultural en Occidente y en Argentina. En este sentido, y siguiendo las enseñanzas del *Papa Juan Pablo II*, creo que hay *dos dimensiones* que considerar. Por un lado, diría, una *cultura del conflicto* que viene penetrando nuestros valores, hábitos y disposiciones desde hace ya largos decenios. Quizás como pocas veces en su historia, el género humano es cotidiana y profundamente atacado y desquiciado por la *resolución agresiva y hostil* de los conflictos y las tensiones. No obstante ser ésta la época en la que se han puesto de moda los métodos alternativos de resolución de conflictos, con todo, una forma de *conflictividad agresiva* no solo sigue vigente sino que amenaza con hacerse cada vez más fuerte, más permanente y más violenta. Es éste de la conflictividad un fenómeno multiforme, que se distingue del legítimo pluralismo de las mentalidades y de las

iniciativas, y que se pone de manifiesto en el grave enfrentamiento entre personas, grupos, familias, naciones y bloques de naciones. Es un antagonismo que asume formas de violencia, de terrorismo, de guerra. Daría la impresión que las diversas formas que asume la violencia no son otra cosa que intentos por demostrar la *«omnipotencia del hombre sobre el hombre»* que lejos de aportar bien alguno, no hacen sino traer la confusión, la lucha, la disgregación y la opresión.

La segunda dimensión que quiero considerar es más importante y más grave al mismo tiempo. En efecto, esa cultura del conflicto de la que recién hablé no tendría lugar sino tuvieran lugar, como antecedente, las variadas *violaciones* a las que está sometida hoy *la persona humana*. Cuando no es reconocido como un ser con dignidad propia, criatura e imagen de Dios, el ser humano queda expuesto y reducido a las formas más humillantes y terribles de instrumentalización, que lo convierten miserablemente en esclavo y propiedad de los más fuertes. Y *«los más fuertes»* pueden asumir, en nuestra sociedad, diversos nombres: ideología, poder económico, sistemas políticos inhumanos, tecnocracia científica, avasallamiento de los mass-media. Y así, es posible encontrar situaciones en las que muchas personas son atropelladas y violados sus derechos humanos fundamentales: el derecho a la casa y al trabajo mediante sistemas económicos opresivos e injustos, el derecho a la participación en la vida pública y política mediante la persecución ideológica y el espionaje informático. En este sentido y con todo dramatismo, se pregunta Juan Pablo II, quién puede contar los niños abandonados y maltratados por sus mismos padres, los niños que crecen sin afecto ni educación?. Pareciera que lo que se ha perdido del horizonte cultural actual es el *sentido de la dignidad personal de cada hombre, de cada mujer, de cada niño*. Este terrible oscurecimiento es el que ha possibilitado el nacimiento y la expansión terrible de aquella cultura del conflicto de la que hablaba más arriba. Pero la dignidad sagrada de la persona

humana no puede ser destruida, por más que sea despreciada y violada tan frecuentemente. ¿Por qué?. Pues porque posee un don, una característica, una cualidad que ninguna otra cosa puede tener: un *espíritu responsable y libre*. Y esta propiedad suya, única, no tiene su fundamento último sino en Dios, su Creador, y por esa razón la sacralidad de la persona humana volverá a imponerse, de nuevo y siempre.

III. ¿Puede prevenirse y controlarse la violencia?

Es esta sin lugar a dudas una de las cuestiones más delicadas y complejas en torno a este problema. Quizás estemos menos interesados en saber cuáles son las causas de la agresividad y la violencia y si estemos más apurados por saber cómo hacer para, frente a este flagelo, controlar sus efectos más negativos, sea previniendo sus diversas formas. Con todo, hay que decir que no habrá una solución duradera, estable y, más o menos, satisfactoria que no tenga en cuenta y dependa de un prolijo examen de las causas más profundas de la agresividad humana. Un viejo psicólogo solía decir que no hay mejor práctica que una buena teoría. Pues bien, analogando esa buena receta, diría que no habrá una buena solución que no haya indagado primero los fundamentos del problema. Que es lo que he tratado de hacer hasta aquí.

Ahora bien, la agresividad no es una forma de conducta inevitable o inalterable. Por el contrario, al ser ella el resultado de una interacción de factores entre condicionamientos externos, cogniciones y estilos de personalidad, *se puede prevenir o reducir*. En este último apartado hablo de *prevención*, por un lado, y de *control*, por el otro. ¿Qué quiero decir con ambos términos?. ¿Qué significará esa distinción?. Pues bien, digo prevención para aludir simplemente a estrategias que anticiparían y neutralizarían las situaciones de riesgo capaces de desencadenar las manifestaciones de violencia. El control de la violencia supone, en cambio, la reducción de los efectos más nocivos y devastadores de actos de violencia en curso.

3.1. El ‘endurecimiento’ de las penas y castigos

Mucho se ha estado debatiendo, entre nosotros, el tema de si conviene o no intensificar las penas y castigos que los delincuentes debieran recibir por sus actos criminales. Dentro de esta discusión también puede considerarse, al menos en una perspectiva teórica, el análisis de las ventajas y desventajas de la *pena capital*. Respecto de las *penas* y de los *castigos fuertes* -‘endurecimiento’ lo he denominado- debe señalarse que existen pruebas de que ambos pueden resultar efectivos a la hora de disuadir a los individuos de ejecutar determinadas formas de conducta violenta. Con todo, estos efectos no son ni automáticos, ni tampoco seguros en el largo plazo. A menos que los castigos sean aplicados de acuerdo a unos principios básicos, pueden resultar totalmente ineficientes. ¿Qué condiciones han de reunirse para que el castigo sea efectivo?. En primer lugar, ha de ser *inmediato*, esto es, debe seguir a las acciones agresivas tan rápido como sea posible. Segundo, debe ser *cierto*, a saber, la probabilidad de que el castigo siga a la agresión debe ser de un ciento por ciento. Tercero, debe ser *estricto*, es decir, debe ser de suficiente magnitud como para que resulte altamente desagradable para los posibles destinatarios. Y finalmente debe ser percibido como *justificado* pues, si por el contrario, es visto por los destinatarios como un hecho aleatorio o no directamente relacionado con sus conductas punibles, entonces, sus efectos disuasorios se verán enormemente reducidos.

Lamentablemente, en la Argentina actual y con el déficit crónico que ofrece nuestro sistema de justicia, particularmente penal y criminal, estas condiciones no suelen estar presentes. Es moneda corriente entre nosotros que, por una parte, la aplicación de un castigo ejemplar por acciones agresivas sea demorada durante meses y años; es también experiencia común el hecho de que muchos criminales -de todo tipo- se salven del arresto y de la condena, es decir no sean nunca sancionados sin que la sociedad civil conozca las razones de tamaña omisión. Por otra parte, la magnitud del castigo suele variar dependiendo de los jueces, del tribunal, de la jurisdicción, entre

otros factores percibidos además como arbitrarios o directamente irracionales. Por último, los castigos que suelen aplicarse por delitos más o menos graves son, en muchas ocasiones, percibidos como injustificados o injustos no tanto por los agresores que los reciben sino por las víctimas mismas o los familiares de las víctimas que padecen tales agresiones. Es claro que teniendo en cuenta todos estos factores no resulta extraño sostener que el castigo, por más duro y estricto que se pretenda, pueda resultar un medio ineficaz de disuasión de la violencia. ¿Podría resultar efectivo como medio disuasorio si fuera usado eficazmente?. Si bien no puede asegurarse con certeza, algunas investigaciones y estudios indican que sí sería posible siempre y cuando fuesen usados de acuerdo con los principios que señalara anteriormente.

3.2. Exposición a modelos ‘no agresivos’ y entrenamiento en habilidades sociales

Los investigadores sociales ocupados de la prevención y el control de las conductas agresivas y de la violencia han propuesto otras estrategias y técnicas que apuntan, más que nada, a establecer bases duraderas de conductas anti-violentas o, dicho de un modo positivo, a *promover conductas pro-sociales*. Una primera acción importante en este sentido consistiría en la *exposición a modelos no*

agresivos, esto es, *el efecto del ‘contagio social’ de la solidaridad*. Así es pues si la exposición a acciones y modelos agresivos en películas y en los medios suele incrementar la violencia, bien puede suponerse que la exposición de niños, adolescentes y otras poblaciones ‘en riesgo’ a acciones que enseñen la resolución no agresiva de conflictos podría provocar el efecto contrario. ¿Cuál efecto?. El aprendizaje de conductas pro-sociales o, como suelen decir los psicólogos sociales, el aprendizaje del *altruismo social*. De hecho, diversos estudios muestran que esto puede ser así y sugieren, además, que es preciso comunicar intensivamente modelos no agresivos en situaciones tensas y potencialmente peligrosas.

En este aspecto, los medios de comunicación habrán de cumplir un rol importante. Desde luego, muchos lectores escasas o nulas posibilidades habrán de tener para influir directamente en la elección y presentación de los contenidos que difunden los variados medios de comunicación social. No obstante, está a nuestro alcance una acción más modesta pero quizás más eficaz. La *selección «en positivo» de las buenas noticias*. Con menos frecuencia, lamentablemente, que las habituales notas y crónicas que representan y amplifican las conductas agresivas y las diversas formas de violencia, los medios, y en particular algunos matutinos de Buenos Aires, suelen presentar y difundir acciones individuales



Lléveselo oficial, no hay lugar en mi hogar para la violencia

y comunitarias que proponen modelos concretos de solidaridad y altruismo. Es preciso tomar esos modelos como punto de partida para acciones de comunicación y educación, sea individual -médico-paciente, por ejemplo- sea grupal -una clase, una cátedra, una reunión con un grupo de trabajo- o bien institucional -la escuela, el colegio, la universidad, la empresa, la familia, las organizaciones no gubernamentales, las diversas áreas del Estado y las entidades públicas, etc- Estas iniciativas capilares que pueden desarrollarse en todos esos niveles habrán de recrear, de a poco y quizás en el mediano y largo plazo, una *cultura solidaria*, una *cultura de la paz* que no es otra cosa que la *tranquilidad en el orden*, como la definiera San Agustín hace ya muchos siglos.

Como señalara más arriba, una razón de por qué muchos individuos se ven envueltos en encuentros y reacciones agresivas es que carecen *de las habilidades sociales básicas*. ¿Cuáles?. *La tolerancia, la paciencia, la aceptación de la diversidad* personal, social, cultural; *el respeto al otro como persona*, la *capacidad de escuchar activamente*, sin anticipar esquemas, estereotipos o prejuicios, el *amor de benevolencia*, que es querer el bien del otro. Al no haber aprendido cómo reaccionar a las provocaciones de otros individuos, más o menos agresivos, las personas suelen guiarse por el primer impulso que adviene a sus mentes. Conviene advertir que si uno no está ‘entrenado’, la primera reacción que desata frente a un insulto, por ejemplo, es una conducta-respuesta del mismo tipo o más grave aún. Es preciso un entrenamiento para controlar esa primera reacción. Un buen sistema de auto-control ayudaría a prevenir la escalada de respuestas agresivas y violentas que puedan darse a partir de allí. Por otra parte, muchas personas suelen desconocer las maneras de comunicar a los demás sus propios deseos lo que deriva en una creciente frustración cuando dichos deseos no son tenidos en cuenta. Dichas personas que carecen de habilidades sociales básicas parecen ser las primeras responsables de una elevada proporción de agresividad y

violencia generada en muchas sociedades. De este modo, dotando a dichos individuos de una serie de habilidades sociales se podría llegar a reducir el impacto negativo de la expresión violenta de las emociones, por ejemplo.

Afortunadamente, existen procedimientos sistemáticos no muy complejos para enseñar a dichos individuos este tipo de habilidades. Por ejemplo, adultos y niños pueden mejorar sus conductas sociales observando *modelos sociales*, esto es, otros individuos y/o grupos que han manifestado comportamientos efectivos y satisfactorios en la resolución no agresiva de conflictos y tensiones. Más aún, muchos investigadores sociales sostienen que dichas mejoras pueden obtenerse en un tiempo razonable. Lo relevante en este caso es que dichos hallazgos sirven para poner en evidencia los siguientes aspectos: en primer lugar, hacer ver que ciertas personas agresivas -niños, adolescentes o adultos- no son necesariamente «malas» -como sinónimo de «perversas»- que atacan a los demás a causa de impulsos hostiles incontrolables; segundo, ciertas formas de conductas agresivas provienen más bien de una carencia de aquellas habilidades sociales que enumerara más arriba, sobre todo por carencias en el sistema educativo elemental y por ausencias en los estilos de educación familiar; tercero, y último, dichas deficiencias pueden repararse y superarse con tiempo y con método.

Dicho todo esto, conviene advertir al lector que no hay soluciones inmediatas, fáciles y universales para controlar y prevenir las conductas agresivas. No me propuse en esta última parte del artículo ofrecer un recetario de remedios a la mano con probada eficacia en el corto plazo. De allí que, quizás, el lector más crítico pueda quedarse con un gusto a poco al leer esta última parte y compararla con las dos primeras. Concedo que pueda ser así. Pero yo adhiero a aquella sentencia de un gran filósofo cuando decía «*a grandes males, grandes soluciones*». La violencia es un gran mal en nuestra Argentina actual -no el peor de todos por cierto- y requiere grandes soluciones para que podamos disfrutar en los años venideros una sociedad justa, pacificada, educada en valores sólidos y permanentes. Por cierto que las grandes soluciones

no siempre son sinónimo de difíciles. Mejorar el sistema de justicia, por ejemplo, sería una gran solución que no requeriría enormes esfuerzos si hubiera una voluntad política por solucionarlo. Un último aspecto relevante, con el que me gustaría concluir, consistiría en la promoción de una *educación de y en los valores*. Sin este fundamento último ninguna estrategia, ninguna técnica de prevención y control de la violencia tendrá éxito en el largo plazo. Una auténtica *cultura humanística* que volviese a proponer al *hombre* como criatura responsable, libre y autónoma es la *pedra angular* que levantará el edificio de la justicia, de la solidaridad y de la paz de un modo duradero.



Fundación tres pinos
Promueve su:

Primer concurso anual internacional de relatos “Crepúsculo”

1. Podrán participar en este premio autores de cualquier nacionalidad, mayores de 18 años, con una única obra original e inédita (incluso no publicada en Internet), escrita en castellano, de tema libre, que no haya sido premiada anteriormente en ningún otro certamen ni tenga comprometidos sus derechos.

2. Las obras tendrán una extensión máxima de 6 carillas. Serán presentadas por triplicado, mecanografiadas a doble espacio en formato DIN A4, letra Times New Roman o similar, a cuerpo 12.

3. El plazo de presentación de las obras se extenderá hasta el 31 de Octubre de 2006, modificándose de esta manera la fecha anterior de cierre (se tomará como válida la fecha del matasellos del correo). La entrega de premios se realizará a fines de noviembre del mismo año

4. Los originales serán firmados con seudónimo, adjuntando en un sobre cerrado (plica) el nombre completo del autor, su DNI, número de teléfono, dirección completa y dirección de correo electrónico. En el anverso del sobre constará el título del relato.

5. El jurado procederá a la apertura de las plicas una vez realizado el fallo del concurso. La Fundación destruirá los relatos no premiados.

6. Los originales deberán ser enviados a:
Primer concurso anual internacional de relatos “Crepúsculo”
Fundación “Tres Pinos”, Moreno 1836, 6o. “B”. CP 1094

7. Se otorgarán

Primer premio: consistente en \$ 2.000.

Segundo premio: \$ 1.000.

Tercer premio: \$ 500.

Además, estos tres primeros premios implican la publicación del cuento en la página web de la Fundación Tres Pinos y en la revista Crepúsculo, y el correspondiente diploma. También se le entregarán al autor gratuitamente 10 números de la revista.

Asimismo se elegirán tres menciones especiales, a las que se les otorgarán respectivos diplomas.

8. El autor no pierde los derechos del relato premiado.

9. El jurado (cuyos nombres serán revelados el día de la entrega de premios) estará compuesto por importantes personalidades del quehacer literario. Su decisión será inapelable.

10. El concurso podrá ser declarado desierto.

11. La presentación al concurso implica la aceptación de estas bases.

12. La Fundación Tres Pinos se reserva el derecho a decidir, de manera irrevocable, sobre cualquier contratiempo o situación que se presente en el concurso y que no esté previsto explícitamente en estas bases.



Pollo a la crema

INGREDIENTES:

- 1 pollo grande (pero de buena familia)
- Sal y pimienta, a gusto.
- Cantidad necesaria de aceite.
- 70grs. de manteca.
- 1 vaso (1/2 taza) de jerez (o vino blanco seco).
- 1/4 vaso de coñac.
- 1/2 taza de caldo de verduras.
- 1 taza de crema de leche.
- 2 yemas.
- 1/2 taza (en total) de perejil, salvia y cebollita de verdeo, picadísimas.
- 1 taza de arroz.
- 1 cucharadita de sal.
- 3 tazas de agua.
- 1 cucharadita de jugo de limón.

1 Desprese el pollo, deseche los indeseables que le salgan al paso y condiméntelo a gusto con sal y pimienta.

2 Caliente el aceite en una cacerola y dore en él las presas de pollo, de ambos lados. Escúrralas y reserve.

3 Deseche la fritura de la cacerola pero no la lave. Vierta en ella el jerez y el coñac. Raspe bien con una cuchara el fondo de cocción.

4 Vuelva a poner las presas en la cacerola junto con la mitad de la crema y el caldo. Cocine despacito hasta que las presas estén bien tiernas.

5 Tamice las yemas y mézclelas con el resto de la leche. Incorpore la mezcla en la cacerola justo en el momento de servir y revuelva continuamente hasta que la salsa espese, pero sin que llegue a hervir.

6 Sirva el pollo con toda la salsa, espolvoreando con el picadillo de aromáticas y acompañando con una porción de “arroz graneado”.

7 Para preparar el arroz graneado, ponga a hervir en una cacerola el agua, la sal y el jugo de limón.

8 Mientras, coloque el arroz en un colador y lávelo bajo el chorro de la canilla hasta que el agua no salga turbia.

9 Cuando el agua rompa el hervor, eche el arroz en forma de lluvia y dispérselo con un tenedor. Deje hervir despacito 15 minutos.

10 Apague el fuego, tape la cacerola y espere a que el arroz termine de desperezarse.

11 Vigile la cocción. No se distraiga porque en cuanto el arroz se hincha, si lo deja más tiempo puede convertirse en puré.

12 Escúrralo enseguida y sazone a gusto. Sirva con el pollo.

¡¡A disfrutar!!

«El secreto»

La receta para la salsa blanca pegota

Derrita 3 cucharadas de manteca y mézclele 3 cucharadas de harina. Agréguele 1 taza de leche fría y revuelva con batidor de alambre hasta dispersar bien todo. Siga revolviendo con cuchara de madera hasta que hierva, espese y no se le sienta gusto a harina. Sazónela a gusto.



Gao Xingjian



El Premio Nóbel de Literatura le fue otorgado en el año 2000

Nacido en 1940 en la provincia de Jiangxi (China oriental) de padre banquero y madre actriz, conoció los campos de reeducación y fue obligado a quemar una maleta repleta de manuscritos. Licenciado en francés por el Instituto de Lenguas Extranjeras de Pekín, traductor, no fue hasta 1979 cuando consiguió que sus obras empezaran a ver la luz del mercado y viajar al extranjero. Entre 1980 y 1987 publica relatos cortos, ensayos y obras de teatro en las revistas literarias chinas. Su Primer ensayo sobre las técnicas de la novela moderna (1981) origina una violenta polémica sobre el modernismo. Al año siguiente, cosecha el éxito con Señal de alarma, la primera pieza de teatro experimental que se monta en Pekín en mucho tiempo. Otra obra teatral, Parada de autobús (1983) le convierte en enemigo del régimen, que había emprendido una campaña contra la contaminación espiritual. Su obra más conocida es «La montaña del alma», escrita entre 1982 y 1989, que relata la peregrinación de un etnólogo en la China septentrional durante la Revolución, en busca de culturas minoritarias. La novela, de cerca de 700 páginas, recuerda la idea grandiosa del romanticismo alemán de una poesía universal. Xingjian utiliza técnicas narrativas muy distintas de las que usan los novelistas chinos, hasta el punto en el que un editor de su país de origen llegó a decirle que no sabía escribir, pese a esto, no deja de inspirarse en la tradición de su país para hablar de su época. En el año 2000 recibió el Premio Nóbel de Literatura, siendo el primer escritor chino en conseguirlo.



Nadábamos en una felicidad perfecta, el deseo, la pasión, el cariño y la dulzura del viaje de bodas que había seguido a nuestro casamiento, aunque sólo tuvimos un par de semanas de vacaciones: diez días concedidos por la ocasión y una semana de vacaciones normales...



Gao Xingjian

...El matrimonio es cosa de toda una vida; nada es más importante para nosotros, ¿cómo hubiera sido posible no pedir unos días de más? Pero mi jefe, tan avaro, regateaba hasta el último centavo cada vez que alguien pedía vacaciones, era angustioso. Al principio habían anotado dos semanas de vacaciones en la autorización, pero mi jefe las convirtió en una, incluido el domingo. Luego me dijo, un tanto cohibido:

- Espero que pueda usted regresar en el tiempo requerido.

- Claro que sí -le respondí-, nuestro pequeño salario no nos permitiría entretenernos en el camino.

Acabó firmando con un gran trazo de la pluma. Las vacaciones habían sido otorgadas.

En adelante ya no era soltero. Tenía una familia. De hecho este viaje lo había preparado con Fangfang desde hacía mucho. Ahora formábamos una familia; ya no podría ir al restaurante al recibir mi salario a principios de mes, invitar amigos, gastar a mi antojo y a finales de mes encontrarme sin un clavo, al punto de no poderme comprar un paquete de cigarrillos y verme obligado a hurgar en los bolsillos o a voltear las gavetas para desenterrar algunas monedas. Pero mejor ni hablar de eso. Decía que éramos felices. En nuestra vida tan corta, la felicidad es de hecho bastante rara. Tanto Fangfang como yo habíamos conocido una época en la que tuvimos que arrostrar las tempestades y hacer frente al mundo. Durante el periodo de gran catástrofe nacional, nuestras familias y nosotros mismos habíamos sufrido bastante, habíamos soportado no pocos infortunios. En cuanto a la suerte de nuestra generación, realmente teníamos de qué

长
十
长
亦
长
日

quejamos. Pero no queríamos hablar más de esto; lo importante es que en el presente por fin conocíamos la felicidad.

Teníamos dos semanas enteras de vacaciones, y aunque esta luna de miel se había reducido a la mitad, a nuestros ojos no había perdido en nada la dulzura de la miel. Tampoco hablaré de esta dulzura, todos ustedes son gente que ha vivido, la han conocido y, de todas formas, esta felicidad nos pertenece solamente a nosotros. No; de lo que les quiero hablar es del Templo de la Perfecta Benevolencia, el Yuan'ensi. El nombre de este templo carece de importancia, pues es un templo desierto, en ruinas, no es de ninguna manera un lugar famoso ni muy visitado. Aparte de la gente del lugar, nadie sabe de su existencia. Y aun entre los lugareños son raros los que conocen su nombre. En pocas palabras, es un templo derruido del que nadie se ocupa, donde nadie reza ni quema incienso. Lo encontramos por casualidad. Nunca hubiéramos sabido que el templo tenía un nombre si no hubiéramos tratado de descifrar los caracteres borrados en una estela que servía de fondo a un estanque, bajo una bomba. La gente de por allí lo conocía simplemente como el Gran Templo. Sin embargo, comparado con el Templo de las Animas Ocultas de Hangzhou, o con el Templo de las Nubes Azules de Pekín, realmente no era un rival de peso. De hecho no era más que un viejo edificio con doble alero, situado en una elevación cercana a una capital de distrito. Frente a él aún se levantaba una gran puerta de piedra. El muro que rodeaba el patio se había derrumbado. Al correr del tiempo, los campesinos de los alrededores habían ido llevándose los ladrillos y las piedras que se utilizaron en la construcción para hacer sus casas o el cerco de sus pocilgas, y lo único que quedaba era el basamento circular invadido de hierbas silvestres.

Se veía de lejos, desde la calle de la capital. Las tejas laqueadas de amarillo dorado relumbraban al sol atrayendo la mirada. Tenían algo muy seductor. Fue por casualidad que llegamos a esta capital de distrito. El tren se había detenido en la estación, pero no volvió a salir a la hora prevista; tal vez estaba esperando que pasara un tren rápido con un leve retraso. La gente que subía o bajaba del tren

ya no se apresuraba, el andén estaba desierto y el empleado charlaba, de pie a la entrada del vagón. A lo lejos, más allá de la estación, los techos grises de las casas yacían en un pequeño valle, y un poco más lejos se veían las cadenas de exuberantes montañas. Esta capital parecía emanar calma y serenidad.

De repente me pasó una idea por la cabeza:

— Si vamos a dar una vuelta?

Fangfang estaba sentada frente a mí, me miraba con dulzura. Inclínó levemente la cabeza. Hablaba con los ojos. Nuestros nervios simpáticos vibraban al unísono. Sin decir ni una palabra más, bajamos súbitamente nuestro equipaje de la rejilla y corrimos a la salida del vagón. Una vez en el andén, nos echamos a reír:

— Tomaremos el próximo tren.

— También podríamos no partir —añadió Fangfang.

Claro, era nuestro viaje de bodas. Ibamos adonde se nos antojaba, la felicidad de estar recién casados nos acompañaba a dondequiera. Eramos los más felices del mundo, perfectamente libres. Fangfang me dio el brazo, yo cogí las bolsas de viaje. De Hecho queríamos provocar la envidia de los empleados del andén y de los innumerables ojos detrás de las ventanillas.

Ya no tendríamos que buscar relaciones para lograr cambiar de puesto en la ciudad, ya no tendríamos que pedir auxilio a Juan ni a Pedro y ya no tendríamos que pasar apuros para conseguir autorización de residencia ni de trabajo. También: Teníamos un cuarto para nosotros solos, pequeño, cierto, pero muy bien puesto. Considerábamos que teníamos nuestro propio hogar, yo te tengo, tú me tienes. Ya sé lo que vas a decir, Fangfang: ¡Basta! Pero ¿qué importa? Precisamente queremos que todos compartan nuestra felicidad. Tenemos bastantes preocupaciones, ya los hemos importunado bastante, y también ustedes ya se tomaron muchas molestias por nosotros, ¿cómo darles las gracias? ¿Acaso con estos pocos dulces y unos cuantos vasos de alcohol en la boda? Les



damos las gracias con nuestra felicidad, ¿qué tiene de incorrecto?

Así llegamos a esta pequeña capital de distrito, esta pequeña vieja capital de distrito, tranquilamente recogida en este pequeño valle. En realidad, distaba mucho de ser tan apacible como nos pareció desde la ventana del tren. Bajo los techos grises, los callejones llenos de animación hervían de gente.

Apenas eran las nueve de la mañana; vendían legumbres, sandías, melones, manzanas recién cortadas y peras que también acababan de llegar al mercado. En la calle principal las carreras de mulas y los camiones formaban embotellamientos, los chasquidos de látigo y los gritos resonaban sin cesar en medio del ruido incesante del agudo claxon de los camiones.

En ese instante, ya no teníamos en absoluto el mismo sentimiento que nos embargaba al penetrar en este tipo de capital en la época en que nos enviaron al campo. Hoy éramos visitantes de paso, viajeros; los tormentos internos y las penas de la gente ya no eran de nuestra incumbencia. Pero el ambiente de esta pequeña ciudad, el polvo que los camiones levantaban a su paso, el agua sucia que aventaban junto a los puestos de legumbres, las cáscaras de sandía que cubrían el suelo, las gallinas que los compradores esgrimían cabeza abajo, con las alas desplegadas, las plumas revoloteando, los cacareos, todo esto nos era perfectamente familiar. Todo lo que experimentábamos en relación con los habitantes de este lugar era una sensación de lujo. Por eso no podíamos evitar el sentimiento de superioridad propio de los habitantes de la ciudad que van al campo. Fangfang se apretaba contra mí cogiéndome del brazo y yo me estrechaba contra ella. Teníamos la impresión de que todos nos miraban. Sin embargo, no éramos gente de aquí; habíamos salido de otro mundo. Pasábamos junto a ellos, pero a nuestras espaldas no se trababa ninguna discusión; las personas de las que hablaban sólo podían ser gente que les era cercana.

Y así llegamos hasta el final de la calle. Ya no había puestos de legumbres, los transeúntes eran cada vez más raros, la algarabía del mercado había quedado detrás nuestro. Vi mi reloj: nos había bastado media hora para recorrer la calle desde la estación. Todavía era temprano. Nos aburriríamos

esperando el próximo tren, mientras Fangfang se preparaba para pasar la noche aquí. No había dicho nada, pero parecía decepcionada. Hacia nosotros venía un hombre con aspecto de funcionario. Se veía por sus gestos y su forma de caminar.

—Perdone, —le dije— ¿dónde se encuentra el centro de recepción del distrito?

Nos echó un vistazo, luego me indicó la dirección con entusiasmo, cómo ir de acá para allá, cómo dar vuelta hacia el este por la izquierda, y luego, cuando viéramos un edificio de dos pisos de ladrillo rojo, ese sería el centro de recepción del comité del distrito. Me preguntó a quién íbamos a ver, como si quisiera mostrarnos el camino. Le explicamos que estábamos de paso, que andábamos de viaje y le preguntamos qué podríamos ir a ver. Se pegó con la mano en la frente, como si lo hubiéramos puesto en aprietos. Luego de reflexionar un poco, nos dijo:

—Aquí no hay nada interesante que ver. Lo único que hay, si me permiten la indicación, es un gran templo, está en la colina hacia el oeste. Hay que escalar un poco y el camino no es bueno.

— Perfecto! —exclamé—, precisamente venimos a andar en las colinas.

—Sí, es verdad —añadió Fangfang en seguida—; no nos da miedo escalar.

Entonces nos llevó a la vuelta de la esquina y nos enseñó el viejo templo en la punta de la colina de enfrente, el viejo templo cuyas tejas amarillas relumbraban al sol.

—Ah, qué bien, muchas gracias.

Pero él veía los zapatos de tacón alto que Fangfang llevaba puestos. Dijo:

—¡Van a tener que meterse al agua para cruzar el río!

—¿hondo? —pregunté.

—Ha de llegar como a la rodilla.

Miré a Fangfang.

—No importa, sí puedo.

Fangfang no quería decepcionarme.

Le dimos las gracias y nos echamos a andar en la dirección que nos había indicado. Cuando ya habíamos tomado el camino polvoroso, no pude dejar de volver la vista a los zapatos nuevos de tacón alto y correas finas que llevaba Fangfang. Me arrepentí un tanto. Pero ella caminaba

derechamente y con decisión.

—¡De verdad estás local!— le dije.

—Me basta con estar contigo.

¿Te acuerdas, Fangfang? Lo dijiste apretándote contra mí.

Entonces caminamos hacia la orilla del río. De lado y lado crecía maíz en los campos, más alto que un hombre. Un pequeño sendero se perdía entre las hojas verdes. No había rastro de nadie ni delante ni detrás de nosotros. Abracé a Fangfang y la besé dulcemente. ¿Eh?, ¿qué pasa? Bueno, ella no quiere que hable de eso, regresemos al Templo de la Perfecta Benevolencia. Se encontraba en una ladera de la colina, en la orilla opuesta. Entre las tejas de color amarillo dorado crecían matas de hierbas silvestres que se distinguían perfectamente.

El agua del río era cristalina. Cogí en una mano los zapatos de tacón alto de Fangfang y mis sandalias de cuero. Le di la otra. Llevaba la falda arremangada. Avanzábamos a tientas, descalzos en el agua. Hacía mucho que no caminaba así. Hasta las piedras resbalosas del río se me clavaban en los pies.

—¿Te duelen?— le pregunté a Fangfang.

—Me gusta— respondiste en voz baja.

Durante nuestra luna de miel hasta tener los pies doloridos era una sensación de felicidad. Y todas las desgracias del mundo parecían escurrirse entre los dedos de los pies. Parecía que hubiéramos regresado a la infancia, descalzos como niños que juegan en el agua.

Fangfang saltaba de una piedra a otra, yo mantenía su mano en la mía y, a veces, tarareaba una canción. Una vez que cruzamos el río, corrimos hacia la colina, riendo y gritando. Fangfang se lastimó un pie y yo estaba terriblemente preocupado, pero ella me tranquilizó, no pasa nada, cuando me ponga los zapatos voy a sentirme bien. Yo dije que era mi culpa, pero ella dijo que si yo estaba contento, ella estaba satisfecha y que entonces quería lastimarse el pie. Está bien, ya no voy a decir nada, no importa. Como ustedes son nuestros mejores amigos, como ustedes se han tomado molestias por nosotros, debemos hacer que compartan nuestra felicidad...

Así escalamos la colina hasta la puerta de piedra situada frente al templo. Pasando el muro del patio, que se había derrumbado, estaba un canal por donde corría un agua cristalina conducida en un tubo desde una estación de bombeo. Detrás del muro derruido, en el gran patio del templo, había un jardín de hortalizas y, muy cerca, una pila de excrementos. Esto nos recordó la época en que recogíamos los excrementos, en el campo. Ahora esos tiempos difíciles se los había llevado el viento. Sólo quedaban algunos recuerdos tristes, pero también muy dulces, y también quedaba nuestro amor. Bajo ese sol brillante teníamos la certeza de que nadie podría interferir en nuestro amor, que ya nadie podría molestarnos.

Frente al gran templo aún se encontraba un brasero de metal. Seguramente era demasiado pesado, imposible de mover. Y era tan macizo que no podía romperse. Así que se había quedado frente al templo en ruinas, cuya entrada resguardaba. La puerta estaba cerrada con un candado. El enrejado de la ventana estaba completamente podrido. Ahora el templo debía hacer las veces de granero para el equipo de producción.

En los alrededores ni un alma. Todo estaba en paz. El viento gemía entre los viejos pinos ante el templo. Como no había nadie que nos perturbara, nos acostamos en la hierba, a la sombra de los árboles. El viento de la montaña ahuyentaba el calor del verano y traía bocanadas de frescura. Fangfang se había acurrucado en mi pecho y mirábamos una nubecilla deshilacharse en el cielo azul. Sentíamos una felicidad indescriptible, una felicidad perfectamente serena.

Hubiéramos podido seguir embriagándonos en esa calma, pero se oyó el ruido de un andar pesado. Los pasos resonaban en las baldosas de piedra. Me incorporé y volví la vista hacia ellos. Efectivamente, un hombre había flanqueado la puerta del templo y se dirigía hacia el sitio donde nos habíamos acostado. Fangfang se sentó a su vez. El hombre avanzaba en medio del camino de piedra. Era de mediana edad, corpulento, con el pelo revuelto, las mejillas invadidas por la barba, el rostro sombrío. Bajo el poblado entrecejo, una mirada glacial nos contemplaba.

Paso a paso, seguía avanzando hacia nosotros.

El viento gemía entre los pinos, teníamos un poco de frío. Seguramente vio nuestras miradas inquisitivas y alzó ligeramente la cabeza hacia el templo. Luego, entrecerrando los párpados, se puso a contemplar las hierbas silvestres que se mecían al viento entre las tejas laqueadas del techo relumbrantes bajo el cielo azul.

Se detuvo ante el brasero y le pegó con la mano. De inmediato se elevó una vibración sorda. Sus dedos de grandes articulaciones nudosas parecían tan duros como el metal. En la otra mano llevaba una vieja bolsa raída de lona negra y brillante. No tenía en modo alguno el aspecto de un miembro de la comuna popular que hubiera venido a trabajar en la hortaliza. Se puso a mirarnos nuevamente, escudriñando los zapatos de tacón alto que Fangfang había arrojado a la hierba, así como nuestras bolsas de viaje. Fangfang se puso los zapatos inmediatamente. Nos tomó por sorpresa cuando nos saludó con un:

—¿Andan de viaje?

Asentí con la cabeza.

—Hace buen tiempo, ¿no creen? —tenía ganas de trabar conversación.

Bajo el poblado entrecejo, los ojos habían perdido su frialdad. Parecía un buen hombre. Llevaba unos zapatos de cuero descosidos de algunas partes, con suelas recortadas de una llanta. El ruedo de los pantalones estaba mojado; evidentemente había atravesado el río viniendo de la capital.

—Aquí está fresco y muy bonito— dije poniéndome de pie.

—No se levante, yo ya me voy.

Parecía disculparse. Luego él también se sentó en la hierba, cerca del camino de piedra. Abrió su bolsa y nos preguntó:

—¿Comen melón?— y sacó uno de la bolsa.

—No, gracias.— Yo me apresuré a rechazarlo. Pero él nos arrojó el melón. Lo tomé y le hice señas de que se lo devolvería.

—No es nada, traigo la bolsa llena de melones— dijo sopesando la bolsa de la que sacó otro melón.

No podía seguir rechazándolo, así que saqué

de la mía un paquete de bollos y se los ofrecí:

—Pruebe usted también nuestros bollos.

Cogió un pedazo de un bollo y lo puso encima de su bolsa.

—Con eso me basta, coman— dijo, apretando entre sus grandes manos el melón que en seguida se abrió con un crujido.

—Están limpios, los lavé en el río.— Luego dejó caer de la mano las semillas del melón y gritó en dirección a la puerta del templo: Ven a descansar, ven a comer melón.

—Aquí hay un grillo.— La voz de un niño nos llegó de más allá de la puerta.

Un niño con una jaula de malla de alambre en la mano apareció en la cuesta de la colina.

—Está bien, voy a atraparlo— respondió el hombre.

El niño se dirigió hacia nosotros brincando y retozando.

—¿De vacaciones? Yo también— averigüé acerca de ellos y partí el melón con las manos, imitándolo.

—Hoy es domingo, lo traje a pasear— respondió.

Absortos en nuestro festejo, habíamos olvidado en qué día estábamos. Fangfang me sonrió mordiendo el melón que yo había partido. Quería decirme que debíamos hacer algo bueno por alguien. En el mundo los hombres buenos siguen siendo los más numerosos.

—Come, te lo regalan estos señores— dijo al niño que miraba el bollo de huevos y leche colocado encima de la bolsa. Evidentemente el niño, que seguramente había crecido en esta capital, veía por primera vez este tipo de bollo. De inmediato se apoderó de él.

—¿Es su hijo?— le pregunté.

No me respondió, sino que le dijo al niño: —Coge tu melón y vete a jugar. En seguida te atraparé un grillo.

—¡Quiero cinco!— dijo el niño cogiendo el melón.

—Bueno, cinco.

El niño se fue corriendo, con la jaula en la mano. El hombre se quedó viendo la figura del niño, en las comisuras de los ojos se le formaron unas profundas arrugas. Bajo su apariencia severa se ocultaba la ternura de un padre.

—No es mi hijo— dijo, bajando la cabeza y sacando un cigarrillo. Lo encendió y aspiró una larga bocanada. Comprendiendo nuestro



asombro, prosiguió —Es el hijo de mi primo. Quisiera adoptarlo, si es que él quiere vivir conmigo.

De inmediato comprendimos que debían ser muchos los sentimientos que se arremolinaban en el corazón de este hombre rudo.

¿Y su esposa? —preguntó Fangfang sin poder evitarlo.

No respondió, sino que siguió aspirando profundamente el humo de su cigarrillo antes de levantarse y alejarse.

Sentimos la frescura del viento. En el techo de tejas laqueadas de amarillo dorado, los brotes nuevos de hierba que habían salido con la primavera, tan altos como las viejas espigas secas, se agitaban al viento. Los aleros del techo se dibujaban contra el cielo azul, una nube blanca pasaba, dando la impresión de que el universo se ladeaba. En la punta del alero una teja estaba a punto de caerse. O llevaba años ahí, inmóvil.

El hombre estaba de pie en el basamento del muro en ruinas, con los ojos fijos en el valle detrás nuestro. A lo lejos se veían las ondulaciones de una colina, más alta aún que la colina donde estábamos y más escarpada también. En la ladera no se veían ni campos en terrazas ni casas.

—No debiste de haberle hecho esa pregunta — le dije.

—Ya no hablemos de ello.— Fangfang parecía molesta.

—¡Aquí hay un grillo!— La voz del niño nos llegaba desde la colina. Parecía estar muy lejos, pero lo oíamos perfectamente.

El hombre se fue en esa dirección, columpiando en el extremo del brazo la pesada bolsa de los melones. Bajó la cuesta. Tomando a Fangfang del brazo, la atraje hacia mí.

—Déjame.— Se soltó.

—Tienes pasto en el pelo— le expliqué, quitándole una aguja de pino enredada en sus cabellos.

—Esa teja se va a caer— dijo Fangfang. También ella se había fijado en la teja rota de color amarillo dorado que iba a desprenderse. Murmuró: Sería lo mejor, no vaya a ser que lastime a alguien.

—Todavía puede tardar mucho— le dije.

Fuimos al terraplén donde se había detenido el

hombre. El pequeño valle estaba cubierto de campos con densos sembrados de maíz y mijo, de un verde intenso, que esperaban la cosecha de otoño. A nuestros pies, en un rellano, se apretujaban algunas casas de adobe con las paredes encaladas hasta la mitad. El sendero que descendía por el valle pasaba cerca de las casas. Llevando al niño de la mano, el hombre caminaba por la vereda que serpenteaba entre los plantíos. De repente, el muchacho se puso a caracolear como un caballo al que le hubieran soltado la brida. Se echaba hacia adelante, se daba la vuelta y luego regresaba hacia atrás, columpiando su jaula de malla de alambre en dirección al hombre.

—¿Crees que vaya a atraparle grillos?

Te acuerdas, Fangfang, que me hiciste esta pregunta.

—Claro, claro —te dije.

—¡Quiero cinco!— dijiste con tono malicioso.

Esto, esto es lo que yo quería decirles sobre el Templo de la Perfecta Benevolencia adonde fuimos de viaje para nuestra luna de miel.

— Traducido del francés por Rossana Reyes

© Éditions du Luve



Gao Xingjian



La montaña del alma (fragmento)

« Esta es su tierra, y no hay razón para que no se comporten con naturalidad, sus raíces han ido hundiéndose en este suelo generación tras generación, sin necesidad de que vengas de lejos en su busca. En cuanto a los que se fueron de aquí hace tiempo, en su época no existía todavía la estación de autobuses, y menos aún los coches de línea. Por río, había que tomar una barca cubierta de esteras; y por tierra, alquilar una carreta. Si realmente uno no tenía dinero, sólo podía contar con sus suelas. Ahora, todos los que aún tienen un soplo de vida regresan, incluso desde la otra orilla del Pacífico, ya sea en utilitario o en coche de lujo con aire acondicionado. Algunos han hecho fortuna, otros se han hecho famosos, otros no son nada, pero han envejecido y quieren volver. Al aproximarse al final de la vida, ¿quién no siente nostalgia por su tierra? »



UNA VIOLENTA FAMILIA VIOLENTA



La violencia familiar puede adoptar muchas formas, pero siempre implica el uso de intimidación y amenazas o conductas violentas para ejercer poder y control sobre otra persona.

Por lo general, la persona que maltrata es el hombre y las mujeres suelen ser las víctimas; sin embargo, la violencia familiar también se ejerce contra los niños y, muchas veces, resultan ser los más afectados. Siempre tenemos la certeza de que nuestros hogares están alejados de toda ferocidad, de toda brutalidad o barbarie. Sin embargo, la mayoría de las veces experimentamos situaciones violentas. Los gritos, los maltratos y las discusiones invaden la tranquilidad familiar y, sobre todo, a los chicos. Muchas veces, sin creer que esto pueda llegar a afectarlos, son sometidos a innumerables peleas de pareja. Y estas lejos de ser ajenas al niño, se vuelven una rutina insoportable para él, que las presencia día y noche.

¿Por qué no se percatan los padres de preservar la salud mental y los sentimientos de sus hijos? ¿Acaso no se dan cuenta de lo cruel que puede llegar a ser para ellos las constantes discusiones? La comida, la ropa, el dinero, los platos, el perro, la alfombra, la basura, cualquier excusa es buena para empezar una riña. Y aunque no siempre termine tan mal, haberla empezado es ya una cuestión de violencia. Muchos matrimonios hacen de sus discusiones una constante en su vida y los niños -víctimas involuntarias-, escuchan día y noche, pelea tras pelea, hasta que llega el momento en que ellos mismos piden a sus padres que se separen. Lo peor ocurre cuando la pareja no se percató del problema, lo cual imposibilita solucionarlo. Siguen juntos cuando la raíz del conflicto es la unión de ambos bajo esas circunstancias.

Para enfrentar las crisis, los niños desarrollan diferentes estrategias. Y esa diferencia causa, a veces, problemas entre

los hermanos.

Si bien la mayoría de los niños ha presenciado alguna que otra discusión familiar porque no siempre se los puede mantener al margen, esto dista mucho de que se transforme en un hábito de peleas sin fin y que el niño las presencie o las escuche -desde su pieza- cotidianamente hasta el hartazgo. Para enfrentar las crisis, los niños desarrollan diferentes estrategias. Y esa diferencia causa, a veces, problemas entre los hermanos. Algunos tratan de desorientar la pelea. El niño se porta mal para que lo reten a él, y así los papás se desvíen de su propia discusión. Otros, se muestran muy afectados y les pide que no riñan. También se da el caso en que otros pequeños, por extrema sensibilidad y como arma de autodefensa, intentan reaccionar como si no les importara lo que sucede en casa. Se muestran poco empáticos, indiferentes y por lo general, se alejan de la familia y sus actividades. Mientras que otros, para no ser testigos, se encierran en la pieza o salen mucho de la casa.

¿Por qué no se percatan los padres de la salud mental y los sentimientos de sus hijos? ¿Acaso no se dan cuenta de lo cruel que puede llegar a ser para ellos constantes discusiones?

El problema pasa a mayores cuando las discusiones se transforman en situaciones de maltrato físico entre los integrantes de la familia. Generalmente, en estos casos, el padre o la madre le pega al chico para disciplinarlo ignorando que por este medio lo único que conseguirá es desarrollar en el niño una fuerte agresión o una gran reclusión con respecto a los otros. Lo último que aprenden los chicos golpeados, mediante este castigo violento, es a recibir el amor y el afecto que alguien quiera brindarles, pero no por egoístas o por fríos, sino por el miedo que produce una mano levantada,

que encima provenga de los padres. Algunos investigadores sostienen que todo acto de violencia de un adulto hacia un niño por muy breve o leve que sea deja una cicatriz emocional permanente. La mayoría de las personas maltratadas por sus padres admite que los recuerdos más imborrables y desagradables son los del daño inflingido.

Cada hogar resuelve de diferente manera sus problemas siendo casi imposible la inexistencia de los mismos. Pero una cuestión es tratar de resolverlos para continuar una vida tranquila y otra muy distinta es tener una mala relación de pareja y no hacer nada al respecto, o utilizar la violencia como un método de castigo viable para aleccionar. Cuando suceden algunas de estas situaciones conviene buscar el modo de resolver los problemas de otra manera, para que no se produzca un conflicto aún mayor. Busque apoyo de cualquier tipo, hable con gente que lo pueda ayudar a usted y a su hijo. Los golpes no son una buena herramienta de enseñanza. Someter los niños a interminables peleas de pareja tampoco es bueno. Una vida de desunión emocional dentro del matrimonio y, más aún, de violencia intrafamiliar provoca mucho dolor y no es calidad de vida para los adultos, y por supuesto, menos para los chicos.

Algunos investigadores sostienen que todo acto de violencia de un adulto hacia un niño por muy breve o leve que sea deja una cicatriz emocional permanente.

Sabrina Perotti



Caramelos



Luis Carlos Cabrera

Iba cruzando la Plaza de Mayo; estaba nervioso, no sabía por qué, no había motivo aparente. Quizás el apuro, o el desorden que imperaba en el lugar por las manifestaciones me impulsaron a salir de la plaza cruzando Bolívar...

...Sin respetar las cebras me encaminé derecho hacia el Cabildo; patiné en el cordón de la acera y casi me rompo la crisma -reconozco que soy bastante distraído-. Los bocinazos descontrolados y el ruido de los escapes martillaban lo poco que me quedaba de cordura. Debía alcanzar rápido la estación del subte, tenía que llegar al Congreso en un santiamén.

En la calle me enfrenté con tres colectivos. Los choferes, cuando vieron a un tipo en medio de la calzada y para colmo en infracción, pusieron el pie en el acelerador -les juro que trataron de arrollarme-; los tres se ensañaron con sus bocinas. El estruendo me partió el pecho en dos. Los buses se me venían encima como para liquidarme. Alcancé a acomodarme entre dos; rozaron mi ropa. Si me hubiese enganchado en algún saliente de los vehículos, ahora sería hombre muerto. Pero lo peor vino después: la estela de humo negro que habían dejado me impedía respirar y ver, no solo por lo denso de la nube; tampoco podía abrir los ojos. Las bocinas seguían sonando, el viento de los autos rozándome, las puteadas de los conductores arponeándome. Cerré los ojos y corrí hasta el Cabildo. Con sorpresa, en un instante, me encontré a salvo en la otra vereda, justo frente a la entrada del subte.

En el subsuelo de la estación el calor era insoportable, pero por lo menos el ambiente era menos ruidoso que en la calle, quizá porque no había ningún tren en circulación en ese

momento.

Compré varios pasajes, peleándome a codazos con otros alienados como yo. Por milagro vi un banco desocupado junto a la boletería; en dos saltos llegué y apoyé mi trasero sobre la chapa caliente. Tratando de tranquilizarme, me distraje leyendo los carteles de publicidad, sin concentrarme demasiado.

No supe de dónde salieron: tres señoritas casi idénticas -parecían gemelas- comenzaron a reparar caramelos; los llevaban en unas canastitas con cintas rojas. Eran altas, estaban muy bien; una de ellas, casi encima de mí, me dio la espalda para ofrecerle un caramelo a una señora sentada a mi lado. La chica tenía una pollerita roja muy cortita, tan cortita que al inclinarse se le veían los calzones blancos. ¡Mi Dios, qué trasero tenía! Cuando me ofreció un dulce, no pude decirle que no, ya estaba casi enamorado -no creerían lo hermosa que era-. Sin quitarle los ojos de encima, desenvolví el caramelo, me lo llevé a la boca, y tiré el papel. El sabor frutado me resultó conocido, pero a la vez inidentificable.

Recorrieron la estación sin dejar a ninguna persona sin su golosina. En un momento hasta se escuchaba el coro masticatorio del numeroso grupo que esperaba el subte.

De pronto, no me pregunten por qué, sentí una necesidad descontrolada de comer otro dulce. Tanto, que dejé mi asiento para acercarme a la chica:

-¿Me darías otro caramelo?- le pregunté, impostando la voz.

-No, señor, disculpe, puedo dar solo uno por persona.

No atiné a contestar -¿pueden creerlo?- : me dijo “señor” y ni siquiera me tuteó... (todavía no llego a los treinta y además soy bastante pintón).

Traté de volver a mi banco: estaba ocupado.

Decidí cruzar el molinete para ubicarme en el andén. Tenía mucha bronca. No quise que esos pensamientos rumiantes me atraparan, y menos por una culona a la que ni siquiera conocía. “Ma, sí -pensé-, seguí repartiendo caramelos toda tu

vida.”

Coloqué la tarjeta en la máquina y me dispuse a empujar la barra para entrar en el andén. Cuando la estaba trasponiendo, noté que mi antebrazo se veía en diferentes tonalidades de gris. Recordé que me había puesto un saco y una camisa grises, pero lo extraño era que mi mano, mis dedos... también se veían grises.

Una ola de sudor frío bajó por mi nuca mojándome los pelos y el cuello de la camisa, se deslizó por la espalda hasta alcanzar la cintura en pocos segundos. Mi pecho se cerró, la entrada de aire se hizo penosa. La angustia llegó al clímax cuando levanté la vista: todo a mi alrededor estaba en blanco y negro —sí, como en una película vieja—; sin embargo, la multitud se movía naturalmente, nadie parecía sufrir la situación.

Me di vuelta y miré del otro lado de las máquinas: allí todo se veía normal, los colores estaban intactos. Pero a medida que las personas trasponían esa pared imaginaria mientras giraban el molinete, se volvían incoloros —en blanco y negro, quiero decir.

Desesperado, intenté volver a pasar al mundo colorido, empujando a otro que ingresaba en el andén. Alcancé a pasar una mano: esta retomó su color rosado y la manga de la camisa cambió al celeste. Un guardia con cara de bulldog se aferró a mis dedos y los dobló hasta casi fracturármelos.

-Oiga -le dije-. ¿Qué hace? Déjeme pasar.

-Señor, vuelva al andén, usted sabe que no puede pasar- dijo mientras abanicaba su garrote.

-¿Cómo que no puedo pasar? Quiero salir a la calle, me estoy descomponiendo.

-Señor, sabe muy bien que es imposible volver, llegó a un punto del que no puede volver.

-¿Cómo que no puedo volver? ¿De qué carajo me está hablando?

-Señor, cuide su lenguaje. Usted sabe bien que, si comió su caramelo, no puede regresar.

Parecía estallarme el corazón: ¡estaba atrapado en un mundo blanco y negro por haber sido inducido por una culona a comer un miserable caramelo...!

Descontrolado, fui a probar suerte al otro extremo del andén y me tiré de palomita por encima de las máquinas. Otro guardia me atajó, amarrándome con fuerza del cuello. Sin embargo, mis brazos y mi cabeza alcanzaron a traspasar las máquinas. Me vi reflejado a todo color sobre un cartel de publicidad. Aturdido, traté de pensar; la situación estaba sobrepasándome. Un golpe en la frente me quitó toda capacidad de reflexión. Comenzó a fluir sangre y, consternado, me replegué al andén mientras el guardia decía:

-No vuelva, usted ya comió su caramelo.

Me pasé la mano por la herida y con sorpresa vi que la sangre era roja, era lo único rojo en ese lugar apagado. Miré mi palma, y en un santiamén la sangre se volvió gris. Sin proceso previo de decoloración, sólo perdió su tinte en un instante.

De nuevo, la ola de sudor y la falta de aire me agobiaron. Esa sensación decreció al llegar un tren -tal vez salir de allí era la solución; sí, debía hacerlo sin demoras-. Estaba algo retirado de las puertas, pero si me apuraba podría alcanzar a subir. El calor era intenso, y el lugar se hacía intolerable. Cuando estaba dispuesto a dar el último salto para treparme al coche, una imagen me pa-

ralizó. Preferí tirarme al piso: era imposible subir a ese vagón.

En su interior, las personas se veían desteñidas, borrosas; por momentos, transparentes: daba la impresión de que iban a desaparecer en pocos segundos.

Cuando se cerraron las puertas, tirado sobre el suelo del andén, comencé a llorar. La gente caminaba a mi lado sin sobresaltarse: me ignoraban o, simplemente, no tenían registro de mi presencia.

Me sobrepuse como pude y me incorporé tratando de mostrar decoro. La zozobra se volvió impotencia, y mientras intentaba controlarme, una punzada repentina de hambre me atravesó. La necesidad de comer algo se hizo imprescindible y me empujó hacia un puesto de salchichas, atendido por un empleado de impecables blancos y negros. Sin saludar, desencajado, le dije:

-Por favor, quisiera una.

-Sí, señor. ¿Con mostaza o mayonesa?

-Con mostaza, gracias.

Extendí la mano con el dinero y él me entregó un hot-dog en diferentes tonalidades de gris. Al servir la mostaza, su color característico se posó zigzagueante sobre la salchicha. Pero a los pocos



segundos desapareció, y la mostaza parecía un trozo de excremento gris moteado de negro por la pimienta.

Tuve una súbita náusea; sin embargo, el hambre pudo más: hincó el diente sin medir las consecuencias. Lo increíble fue que estaba sabroso. Mastiqué con voracidad. Vi aparecer el color de la salchicha en la zona mordida...; en instantes se volvió gris. Un espasmo doloroso contrajo mi vientre y me hizo vomitar -por suerte, estaba al borde del andén-. Tiré la salchicha a las vías en el momento en que arribaba otro subte.

Sin pensarlo, salté adentró, vi un asiento desocupado y me senté mirando hacia el suelo —no quería ver los rostros de los pasajeros: estaba muy asustado.

Cuando el tren paraba en las estaciones, la ventanilla me mostraba siempre el mismo panorama gris. Pero, del otro lado de los molinetes, los guardianes y las chicas que repartían caramelos gozaban de pleno colorido.

Decidí no ir a Congreso: mi casa estaba al final del recorrido.

En la estación terminal de Primera Junta me sorprendí: había dos sendas por donde se podía salir sin pedir permiso a los guardias. Frente a la boletería, otras chicas de minifalda roja repartían caramelos y, a medida que la gente los consumía, cruzaba al andén para abordar el subte.

Subí por la escalera mecánica y comencé a ver los colores en mi ropa y en todo mi cuerpo; al pasar frente a una vidriera, se reflejaba mi corbata borravino. Un sentimiento de esperanza me invadió y sacudió a pleno mi ánimo.

Resolví olvidar lo ocurrido y comenzar el fin de semana por anticipado -después de tanta fatiga, sería bueno un momento de relax en el gimnasio de la esquina de casa-. Para llegar, había que cruzar las vías del ferrocarril.

Ese día, por ser viernes, la muchedumbre era mayor de lo habitual; me acompañaba como un rebaño que se dirigiera al matadero.

De nuevo me oprimió una premonición. Traté

de no darle importancia y seguí mi camino. Quería trasponer las vías lo antes posible, con la certeza de que eran el límite entre la asfixia y el sosiego. Apuré el paso, pero, justo al llegar, escuché el estridente silbato del tren; me estremecí, y por un instante frené mi marcha.

Subí por la escalera mecánica y comencé a ver los colores en mi ropa y en todo mi cuerpo; al pasar frente a una vidriera, se reflejaba mi corbata borravino. Un sentimiento de esperanza me invadió y sacudió a pleno mi ánimo.

Súbitamente, nos envolvió la nube de humo negro que despedía la locomotora mientras disparaba sus bramidos. Una inquietud lacerante me golpeó, creí que nunca podría atravesar las vías. A medida que el carguero pasaba, me puse en extremo pesimista: casi tenía la seguridad de quedarme de este lado para siempre. Miré a mi alrededor, a los que esperaban junto a mí: sus ropas comenzaron a evaporarse, a convertirse en jirones. De pronto, trozos de piel y colgajos con cabellos desaparecían de sus cuerpos, dejando al descubierto los huesos de sus caras y sus cráneos. Aunque vivaces, inconscientes de lo que les acontecía, parecían esqueletos tétricos que conversaran sobre temas banales.

Miré del otro lado de las vías entre los vagones en movimiento: allí todo era más suave y colorido, con menos gente. La visión me acicateaba, me daba ilusiones. El tren comenzó a alejarse, se disiparon el humo y la estridencia. Los esqueletos recobraron sus coberturas, las personas volvieron a tener apariencia de personas.

Apuré el paso; casi corriendo llegué al edificio del gimnasio. Subí por el ascensor: el local estaba en el octavo piso. Entre, los colores de las ropas eran bien vivos. Sin pedir permiso, abrí las ventanas. Una ráfaga fresca iluminó el lugar.

Me recosté en una camilla. Estaba exhausto pero me sentía pleno. Desde allí, las luces de la ciudad parpadeaban, y todo se veía con mejor perspectiva.

Comencé a dormir. En mi ensueño percibí que el edificio del gimnasio, como una esponja gigante, absorbía desde el suelo los blancos y los negros. Vi cómo se perdían los colores, dando paso a una marea desteñida.

Esa visión horrorosa me sacó del letargo. Por suerte, todo seguía igual. Pero no: a mi izquierda hacían ejercicios dos de las chicas de minifalda, cada una en un aparato. Se veían hermosas, con sus bragas blancas impecables. Despertaban un deseo recóndito que me hizo olvidar el enojo que tenía contra ellas.

Había un detalle: no tenían sus canastitas; por lo menos, yo no las veía cerca de donde estaban. Resolví buscarlas de inmediato.

Comencé a recorrer el lugar, entreabrí la puerta del vestuario de mujeres, y allí las encontré: dos canastitas cruzadas por una cinta de raso roja, colmadas de caramelos.

Furtivo y culpable, entré en la estancia y tomé uno, quité el papel de envoltura. Casi a punto de tirarlo, alcancé a ver una leyenda en su interior:

«Caramelos concientizadores».

Modo de uso: ingerir un caramelo. Para activarlo, debe cruzar un molinete.

Posología: ingerir una dosis por día.

Efectos colaterales: en personas sensibles, es posible que se produzcan alteraciones en la visión. Nota: solo se desactivan con la indiferencia”.

Salí del vestuario y de inmediato me dirigí al baño: debía recuperarme de tantas confusiones. Frente al espejo me observé: radiante. No tenía ningún tajo en la frente; por el contrario, el aspecto de mi rostro era distendido, armonioso, descansado.

Entré en el gimnasio y vi a las chicas: me miraban con una sonrisa cómplice.

Luis Carlos Cabrera



El peor de los abusos



Dr. Néstor Kazanski
Médico.

Cuando alguien, una persona cualquiera, se mete con un niño, es decir que lo maltrata o le grita, uno tiende a compadecerse por la criatura en todos los aspectos.

Si bien hay situaciones en donde los chicos merecen un llamado de atención, se tiende a protegerlos cuando uno mira desde afuera la situación. Un abuelo, una tía o un amigo de la familia es quien se convierte en el abogado defensor de ese niño o niña que seguramente no merecía tanta reprimenda. Sin embargo, la cuestión comienza a tornarse mucho más violenta cuando aparecen los golpes o los empujones en el medio. En ese caso, quienquiera que presencie la escena se opondrá a esa manera de proceder, en la que la violencia se convierte en único modo de interacción.

No caben dudas que la violencia no lleva a ningún lado y mucho menos que sirve para demostrarle al niño una cierta autoridad basada en el maltrato. Lo único que se logrará es que éste desarrolle un comportamiento agresivo debido al trato que recibió durante su crecimiento.

Como ya dije, uno tiende a proteger y resguardar al niño, y esto es llevado a su extremo cuando las acciones de los adultos sobrepasan lo habitual. Pensemos por un momento en este tema: el abuso sexual infantil. ¿A qué nos remite? A una infinidad de insultos, palabras, imágenes que vienen a nuestra mente de manera abrumadora. ¿Por qué? Porque somos los propios adultos quienes tenemos y debemos resguardar la integridad de las criaturas, que tan perjudicada resulta cuando sucede este acto aberrante.

Hoy en día, se reportan más de 80.000 casos al año de abuso sexual a los niños/as, pero el número de casos que no se reporta es aún mayor, ya que los niños tienen miedo de decirle a alguien lo que les pasó y el proceso legal para validar un episodio es difícil.

¿Qué es el abuso sexual infantil?

Tal vez la definición más completa del abuso sexual infantil es la elaborada por el National Center of Child Abuse and Neglect (NCCAN). Según esta agencia federal norteamericana, comprende «los contactos e interacciones entre un niño y un adulto, cuando el adulto (agresor) usa al niño para estimularse sexualmente él mismo, al niño o a otra persona. El abuso sexual también puede ser cometido por una persona menor de 18 años, cuando ésta es significativamente mayor que el niño (la víctima) o cuando (el agresor) está en una posición de poder o control sobre otro menor»

Antiguamente se creía que el abuso sexual estaba inversamente relacionado con el nivel socio-económico de las familias. Las estadísticas revelan que hay un porcentaje ligeramente más alto de incesto entre la clase media alta que entre los más pobres.

¿En qué áreas puede suceder el abuso?

El Abuso Sexual se da en tres contextos:

Intrafamiliar: que es cuando ocurre en la familia a manos de un padre, un padrastro, hermano u otro pariente.

Extrafamiliar: cuando ocurre fuera de casa por un amigo, la persona que lo cuida, un maestro, o un desconocido.

Explotación Sexual Comercial: cuando el niño es sometido a prácticas sexuales para beneficio económico de un adulto.

¿Quiénes son los abusadores?

El 95% de los abusadores son de sexo masculino; el 25% de ellos son menores de 18 años. El 85% de los casos tienen lugar *dentro* del ámbito familiar, donde el niño conoce y confía en la persona, acepta su autoridad.

David Finkelhorn, sociólogo del Laboratorio de Investigación Familiar de la Universidad de Nuevo Hampshire, elaboró un perfil del abusador. Para él los abusadores son frecuentemente inmaduros y tienen una escasa autoestima. Tienen gran dificultad para relacionarse con mujeres adultas y les parece, por lo tanto, menos amenazante relacionarse con niños. No tienen habilidades sociales adecuadas y sí una gran ansiedad sexual. Suelen ser impulsivos en el uso de drogas y alcohol, además del sexo. Aquí están incluidos la falta de ciertos

factores inhibitorios, como por ej: una niña está expuesta a ser molestada por su padrastro siete veces más que por su propio padre.

Cuando los culpables son enfrentados la respuesta más común es la negación total y continua de lo ocurrido. Si hay evidencia innegable, tratarán de minimizarlo diciendo que ocurrió sólo una vez y que hubo una sola víctima.

¿Cómo diagnosticar un abuso sexual?

Muchas veces en el niño no hay señales físicas de abuso sexual. Algunas señales sólo pueden ser reconocidas, -examen físico mediante-, por un médico. Los niños abusados sexualmente pueden desarrollar lo siguientes signos:

Signos físicos:

- Dificultades para caminar y/o sentarse.
- Rasguños, mordeduras, hematomas en el cuerpo y zona genital.
- Manchas de sangre en la ropa interior.

Signos conductuales:

- Interés poco usual en todo lo relacionado con la naturaleza sexual.
- Problemas al dormir.
- Depresión o aislamiento de sus amigos y familia.
- Comportamiento seductor
- Decir que tienen el cuerpo sucio o dañado, o bien que experimentan miedo de que haya algo malo en sus genitales
- Negarse a ir a la escuela
- Delincuencia / problemas de conducta
- Evidencia de abusos o molestias sexuales en sus dibujos, juegos o fantasías
- Agresividad poco común
- Comportamiento suicida

¿Qué hay que hacer en caso de que ocurra un abuso sexual?

En este caso se deberá propiciar la confianza de los niños y escucharlos. Padres y educadores deben animarlos a hablar («Tené confianza en mí», «Podes contarme lo que sea», «Quiero escuchar lo que me querés decir», «Yo puedo ayudarte a solucionarlo»).

Se debe también creer al niño. No hay que

cuestionar la veracidad de los hechos porque cuando los niños cuentan un abuso, no mienten prácticamente nunca.

Hay que expresarles que no cargan con ningún tipo de culpabilidad. Casi siempre muestran sentimientos de culpa, por lo que es muy importante dejarle claro que él o ella no tienen ninguna falta, que el responsable es el agresor («No hiciste nada malo», «No es tu culpa», «No pudiste evitarlo»).

Es conveniente también hacer que se sienta orgulloso por haberlo contado. Quienes comunican estos hechos son valientes («Estoy muy orgulloso de vos por habérmelo contado», «Fuiste muy valiente al contarme esto»).

Asegurarle que no le ocurrirá nada, que el abuso no se repetirá y no habrá represalias («Ahora que me lo contaste, ya no volverá a suceder»).

Decirle que saldrá adelante («Sé que ahora te sentís mal, pero te vamos a ayudar para que vuelvas a sentirte bien»).

Deberá expresarle afecto. Necesitan sentirse seguros y queridos, sobre todo en situaciones traumáticas como en los casos de abusos sexuales.

Hablar de lo ocurrido y del agresor es también muy favorable en esta cuestión. El niño debe reconocer sus sentimientos. Hay que animarlo a hablar del agresor como al- quien que necesita

ayuda («¿Querés contarme cómo ocurrió?», «Te hizo algo malo, pero él también necesita ayuda para que no lo vuelva a hacer»).

Finalmente se debe comunicar el abuso a la familia o a los Servicios de Protección de Menores. Hay que informar a la familia de lo ocurrido cuanto antes, para que busquen la ayuda necesaria y protejan al niño de manera tal que el abuso no vuelva a producirse. Si el abuso es intrafamiliar, se debe informar a un familiar directo diferente del agresor. En estos casos conviene seguir el caso, llamando a la familia o concertando entrevistas con ella para comprobar si está intentando resolver el problema o si se está ocultando o negando, como ocurre muchas veces. Si está implicado el padre, hay que comunicarlo a los Servicios de Protección de Menores para evitar que los miembros de la familia se organicen y silencien el abuso.

El problema debe ser identificado, debe ponerse fin al abuso y el niño debe recibir ayuda profesional. El daño emocional y psicológico a largo plazo debido al abuso sexual puede ser devastador para los niños.



VIOLENCIA contra la mujer



Los datos que nos revelan la creciente violencia contra la mujer son aberrantes y monstruosos. Entre ellos podemos destacar que:

☞ Mundialmente, por lo menos una mujer de cada tres ha sido golpeada, forzada a tener relaciones sexuales, o maltratada de alguna manera en el curso de su vida.

☞ En la Dirección General de la Mujer del Gobierno de la Ciudad, en promedio, cada 20 minutos se recibe un pedido de ayuda. Según los datos, en 1999 ese organismo atendió 25.530 denuncias de mujeres golpeadas. Son 2.000 más que en el '98 y superan las 10.000 con respecto al '96.

☞ En la provincia de Buenos Aires, durante 2005, hubo más de 8800 denuncias en las comisarías de la Mujer y 123 homicidios por consecuencia de la violencia familiar.

¿Qué hacer al respecto? Este es un grave problema y su tratamiento debe ser igual de serio. Uno de los más importantes pasos a seguir consiste en ayudar a la víctima. Si llegase a tener conocimiento de alguien que está pasando por una situación de violencia, de abuso o maltrato, ya sea físico o verbal, no dude en brindar su apoyo. Muchas veces, las víctimas no poseen la ayuda ni la fuerza necesaria para dar a conocer su problema debido a la constante amenaza por parte de su opresor. La mujer golpeada siente vergüenza y se culpa de su situación por lo que tienden a guardar silencio al respecto. Ellas consideran que por no estar haciendo bien las cosas merecen ser maltratadas. Las mujeres abusadas pueden tornarse dependientes y sugestionables y encontrar dificultades para tomar decisiones por sí mismas. La relación con el abusador agrava las consecuencias psicológicas que las mujeres sufren por el abuso. Las víctimas

frecuentemente se aíslan y se recluyen tratando de esconder la evidencia del maltrato.

Los efectos de la violencia pueden ser devastadores para la salud reproductiva de la mujer y para otros aspectos de su bienestar físico y mental. Además de causar lesiones, la violencia lleva a que aumente el riesgo a largo plazo de la mujer a desarrollar otros problemas de salud, como dolores crónicos, discapacidad física, uso indebido de drogas y alcohol y depresión. Las mujeres con una historia de maltrato físico o abuso sexual también enfrentan un riesgo mayor de embarazos involuntarios, infecciones de transmisión sexual y resultados adversos del embarazo.

Quizás se encuentre con mujeres que nieguen la existencia de este conflicto o lo consideren un tema menor. Entonces, insista. Es la única posibilidad de brindarle una luz de esperanza a la mujer que vive todo los días en una realidad oscura, llena de brutalidad y desaliento creada por su opresor que no considera otra forma de razonamiento. Porque *“la violencia es el último recurso del incompetente”* como bien dijo el escritor y bioquímico estadounidense Isaac Asimov.

La violación sexual

Conocida y escuchada, hoy en día, como uno de los tantos crímenes que se cometen, la violación contra la mujer es uno de los peores abusos que puede existir. Su carácter sexual, impúdico, violento y humillante, entre otros, forma un cóctel extremadamente traumático que involucra la salud física y mental de quien es abusada.

La comunidad internacional ha reconocido que la violencia sexual contra la mujer constituye una violación contra sus derechos

humanos y contra sus libertades fundamentales. La violencia sexual también constituye una violación contra los derechos reproductivos de la mujer, en particular contra su derecho a la integridad corporal y al control de su capacidad sexual y reproductiva.

La violencia sexual puede suceder contra individuos de cualquier edad, dentro de la familia o en otro tipo de relación; dentro de la comunidad o en el lugar de trabajo; en un establecimiento educativo o en un centro de asistencia médica; durante situaciones de conflicto armado o en cualquier otro momento o lugar.

Resulta importante poder prevenir estos ataques consultando dudas o haciendo preguntas en los centros de ayuda más cercanos. También se debe orientar en búsqueda de ayuda a quienes hayan sufrido esta agresión para poder erradicar de una vez por todas esta problemática que tantos estragos causa en nuestra sociedad.

Sabrina Perotti.

